6065

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

LA JUSTICIA
DEL ACASO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EMILIO FERRARI.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1881.

10

Segunda Adicion al Catálogo de 1.° de Enero de 1880.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Á media noche—j. o. p.....	1	D.ª Camila Calderon....	Todo.
12	3	¡Á perro chico!—s. o. v.....	1	D. Tomás Luceño.....	»
»		Camino de Ceuta.....	1	Francisco Macarro ..	»
		Cecilio.....	1	Julio Ruiz.....	»
4	»	Cuestiones de gabinete.....	1	Pedro Escamilla....	»
3	2	Cuestion de táctica—c. o. v..	1	F. Flores García....	»
		Doblete, recodo y palos.....	1	Francisco Macarro...	»
1	2	Doña Josefa—j. o. p,.....		Joaquin Valverde....	»
2	3	El juicio de Salomon—c. o. p..	1	J. Moreno Castelló..	»
4	2	El nacimiento de Tirso-d. o. v.	1	F. Flores García.....	»
4	2	El 1.° de Enero—c. o. v.....	1	F. Flores Garcia....	»
2	2	En el pecado...—p. o v.	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	El tio Petardo—j. o. p.....	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	Escuela de medicina—j. o. v..	1	José Estremera.....	»
2	2	Esta y no más—j. o. v.....	1	Ramon de Marsal....	»
4	2	Galeotito, parodia—o. v.....	1	F. Flores García....	»
3	1	La curda (parodia)—o. v.....	1	Juan M. Eguilaz.....	»
3	3	La herencia del abuelo-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
5	1	La más preciada riqueza-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
4	1	La mina de oro—d. o. v.....	1	Pedro Marquina.....	»
»	1	La última carta, *monólogo*-o. v.	1	F. Flores Grcía.....	»
3	4	Libre y sin costas—j. o. p....	1	M. Pina Dominguez.	»
5	2	Los verderones—j. o. p.....	1	Sres. Schez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	Los vidrios rotos -c. o. p.....	1	F. Flores García.....	»
		Moda elegante.....	1	Francisco Macarro...	»
3	2	Receta contra los nervios-j. o v	1	J. M. Castelló.....	»
2	3	Seguidillas—j. o. p..... ...	1	E. Sanchez Castilla..	»
		Se necesita un marido-j. o. v.	1	Pascual de Alba.....	»
		Un domingo en el Rastro.....	1	Tomás Luceño.....	»
		Vots son triunfos.....	1	Eduardo Aulés.....	»
8	4	De Cádiz al Puerto.—c. o. p..	2	Flores Garc.ª y Romea	»
6	3	Dicha y fortuna—c. o. v.....	2	Luis Oneca.....	»
6	»	El corazon de un amigo-c. o. p	2	Manuel Ramos.....	»
3	4	La madre de la criatura-c. o. v	2	F. Flores García.....	»
3	3	Navegar á todos vientos-c. o. v.	2	F. Flores García....	»
5	3	Parientes lejanos—j. o. v.....	2	Vital Aza.....	»
2	2	Tomasica—c. o. v.....	2	José Estremera.....	»
3	4	Consuelo—c. o. v.....	3	Adelardo L. Ayala...	»
7	3	El alcalde de Zalamea—c. r. v	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	2	El nuevo D. Juan—c. o. v....	3	Adelardo L. Ayala...	»
6	3	El tanto por ciento—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala..	»
7	3	El tejado de vidrio—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	3	En busca de un corazon-c. o. v	3	Luís Oneca.....	

Al distinguido escritor Ginés Ètberola
en muestra de afecto dedica esta anti-
quitta, estaverada de los primeros amor,
su buen amigo y compañero
Emilio Ferrari

LA JUSTICIA DEL ACASO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lajusticiadelaca18510ferr

LA JUSTICIA DEL ACASO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EMILIO FERRARI.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de la ALHAMBRA el 12 de Noviembre de 1881.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA GUIOMAR.....		SRTA. DIAZ (A.).
BLANCA.....		CASADO (L.).
DON ALONSO DE ALVARADO...		SR. JÁUREGUI (E.).
EL CONDE DE PEÑALVER.....		UNTURBE (L.).
DON FÉLIX DE AVENDAÑO.....		GARCÍA TOMÁS (S.).
RUY PEREZ.....	Criados.	CALVACHO (C.).
JUAN GIL.....		TORTS (R.).
GARCÉS.....		TRIVIÑO (S.).

La accion pasa en Valladolid á mediados del siglo XVI.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, eimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante ratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó egar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de proiedad.

Queda hecho el depósito que prescribe la ley.

ACTO PRIMERO.

Jardin de la casa de Doña Guiomar: á la izquierda el edificio y á la derecha avenidas y calles de árboles: en el fondo tapia con un postigo practicable. La accion comienza algo ántes del anochecer.

ESCENA PRIMERA.

RUY PEREZ, JUAN GIL y GARCÉS.

Aparecen sentados en el suelo en medio de la escena y jugando á los dados.

JUAN GIL. Cinco... (Tirando los dados.)
RUY P. Tú tiras, Garcés.
GARCES. Ocho...
RUY P. Bravo! ya eres fuerte!
JUAN GIL. Tú, Ruy Perez. (Dándole los dados.)
GARCES. Buena suerte.
RUY P. En mí fuera extraña... ¡Tres!...
(Despues de tirar.)
JUAN GIL. Já, já, já!
RUY P. ¡Pícaros dados!
Siempre lo mismo.
JUAN GIL. Sé cuerdo.
GARCES. Dichoso en amores...

611908

RUY P. Pierdo
muy cerca de diez ducados.
JUAN GIL. Pobre Ruy Perez.
GARCES. Lo dudo. (Contando.)
Yo apenas si gano dos.
RUY P. Pues los perdí ¡vive Dios!
GARCES. Cómo?... (Dudando.)
RUY P. Escudo sobre escudo.
Pero no es ¡por Barrabás!
que tema, no sé temer;
tirad, que aún hay que perder.
GARCES. Pues todo á perderlo vas.
RUY P. «Todo, menos el honor,»
como, aunque vencido, fiero,
decía el rey prisionero
del difunto emperador. (Siguen jugando.)
GARCES. Bien!
JUAN GIL. Si con tu ingenio á una
tu fortuna caminara!...
RUY P. Bah! no se han visto la cara
el ingenio y la fortuna.
JUAN GIL. Mas, pardiez! si no riqueza
tienes humor envidiable.
RUY P. Compañero inseparable
es, Juan Gil, de la pobreza.
Y aunque cosa singular,
no es tanto para que asombre,
que alguno ¡voto á mi nombre!
le había el cielo de dar.
Yo, que para más nací,
en lo que soy me quedé;
con ello me conformé
y á Dios se lo agradecí.
Cursé, rapaz vagabundo,
y al par sopista sin blanca,
teología en Salamanca,
desventuras en el mundo.
Yo amo la ciencia á mi modo,
puedo, en caso, ergotizar
y sé un poco de trovar
por saber algo de todo
No conozco pesadumbre

y tuve siempre, á fe mia,
el mal por filosofía,
la desgracia por costumbre.

JUAN GIL. Es dichosa condicion!

RUY P. Es un caudal de cualquiera;
lo encontrará el que lo quiera
en el propio corazon.
Aun tú mismo, ágrio y zahareño
que vives mal humorado,
siempre el rostro avinagrado
fruncido el adusto ceño.

JUAN GIL. Soy así? pues yo sé á quién
me parezco... y tú te avienes
con él, y cerca le tienes,
que há tiempo le sirves bien.

RUY P. Le conozco.

GARCES. Tu señor.

JUAN GIL. Ese pájaro nocturno
más sombrío y taciturno
que cara de enterrador.
Llegó ha poco á la ciudad,
se ignora por qué y de dónde
y el misterio que lo esconde
despeirta curiosidad.

RUY P. Respeten ¡voto á Luzbel
á don Alonso; es un sabio
y á mí me infiere un agravio
el que se lo infiere á él.

GARCES. Ruy Perez! (Levantándose los tres.)

JUAN GIL. En algo fundo
mi opinion y en ella sigo;
yo del doctor sólo digo
lo que dice todo el mundo.
Que esquiva, hostil su existencia,
su alma solitaria y hosca,
algo, sin duda, se enrosca
en redor de esa conciencia.

RUY P. Pues yo sé de cierta dama
de todos tan escondida
que tan sólo es conocida
por su nombre y por su fama;
bien podría haber indicio

para hablar del mismo modo,
pero yo me callo á todo;
¡líbreme Dios de un mal juicio!
Pensad en vuestra señora
y sed discretos, pardiez!

GARCES. Ella al par de su viudez
tristezas ocultas llora,
y no es extraño, en verdad,
si el mundo y la luz evita
y va á esconder su honda cuita
entre sombra y soledad.
Su hija, en cambio, esa hechicera
niña, ese ángel de dulzura
es más alegre y más pura
que un dia de primavera.
Esta casa que ha tiempo es
mansion del pesar y el llanto
llena de luz y de encanto
con su amor...

JUAN GIL. (Con acritud.) Basta, Garcés!
Calla, que á los ojos salta
que hablas en balde y de más
y en otra parte quizás
estamos haciendo falta.

GARCES. Vamos, sí. (Con violencia.)

RUY P. Va siendo tarde,
teneis razon; ya hablaremos.

GARCES. ¿Amigos?... (Tendiendo la mano á Ruy Perez.)

RUY P. Pues no?

JUAN GIL. (Veremos.)
Á Dios queda.

RUY. P. Que Él os guarde.

(Vánse Juan Gil y Garcés. Ruy Perez se dirige á la puerta del jardin como para salir y en cuanto observa que desaparecen aquellos, vuelve.)

ESCENA II.

RUY PEREZ.

RUY P. Se fueron, tiempo era ya.
Veamos. Tal vez á un paso

oculto, impaciente acaso
don Alonso esperará.
No, no hay nadie, aún no ha venido.
—Motejarle así los dos!
no sé cómo ¡vive Dios!
anduve tan comedido!
¡Que gasta el humor huraño
y es al mundo sordo y ciego!
así será, no lo niego,
mas nunca en ajeno daño;
alma tiene bien nacida,
aunque la oculte á la gente,
y si hay sombras en su frente,
y si hay sombras en su vida,
él sabrá por qué y ¡chiton!
que á mí, previsor el hado,
sólo me ha puesto á su lado
á endulzar su condicion;
pues siempre al doctor unido,
contraste haciendo con él,
yo soy... como un cascabel
á una mortaja cosido!

ESCENA III.

RUY PEREZ, D. ALONSO.

ALONSO. Ruy Perez. (Desde la puerta.)
RUY P. Sois vos por fin?
ALONSO. Solo estás?
RUY P. Pocos instantes,
ha señor, que esos bergantes
dejaron libre el jardin.
Mas ya vuestro le teneis.
ALONSO. ¿Has sabido?... (Entrando.)
RUY P. Nada nuevo.
ALONSO. (Ansia vana!)
RUY P. Si es que debo...
ALONSO. Vete, sí.
RUY P. Como gusteis. (Váse.)

ESCENA IV.

D. ALONSO.

ALONSO. Su jardin! su casa!... Ha sido
mi sueño ya realizado.
¡Cuánto venir he anhelado
y me pesa haber venido!
Oh! sí; aquí mi decision
flaquea y débil me siento,
que anublan mi pensamiento
bocanadas de pasion.
Temerario es en verdad
esto que haces, alma mia;
con más fuerzas me creía,
¡Ay voluntad, voluntad!
Me inclino sobre el abismo
cuando esquivarlo debiera,
quiero vencer á una fiera
y así la azuzo yo mismo!
Alma loca ¿á dónde vas?
qué es lo que buscas aquí?
no mires, deseo, allí; (Á la casa.)
deseo, vuélvete atrás. (Pausa.)
Imposible! Yo no ignoro
que jamás he de alcanzarla,
sé que no debo adorarla
pero ¡qué importa! la adoro.
Y el saber que á otro ama, cielos,
me roba entero el valor
para arrancarme este amor
que está arraigado en los celos!
(Mirando hácia la casa.)
Quién es?... Ella! Era razon;
debí esperarlo al venir,
¡queriendo el peligro huir
salgo al paso á la ocasion!
Oh! que aun la luz del deber
llega á esta conciencia oscura.
¡y cuánto ansié en mi locura
ser no debe y no ha de ser!

(Váse en direccion opuesta á la casa, de la que sale Blanca.)

ESCENA V.

BLANCA y luégo FÉLIX.

BLANCA. Será la hora? Sin duda;
¡hace tanto que la espero!
Por qué Félix no ha venido?
Cómo es que aquí no lo encuentro?

ESCENA VI.

BLANCA, FÉLIX,

FELIX. (Entrando.) Blanca!
BLANCA. Félix!
FELIX. Blanca mia!
Me aguardabas?
BLANCA. No es que sueño?
La hora es pues!
FELIX. La que fijamos
ayer, no; que para vernos,
á las horas, desbocado
gana siempre el pensamiento
y á la aurora se adelanta
madrugador el deseo.
BLANCA. Solos! Aunque soy dichosa
no sé por qué tengo miedo,
FELIX. Santo y celestial pudor!
Nada receles, mi dueño.
Solos dices! Mira en torno.
Ese sol que descendiendo
va enrojecido á Occidente.
Surcando el espacio inmenso
como bajel incendiado
que boga á merced del viento;
los árboles que parecen
estremecidos é inquietos
en misteriosos impulsos
querer arrancarse al suelo;

y esas aguas que sollozan
allá en los cauces estrechos,
y esos pájaros que cambian
ternezas en sus gorgeos,
la naturaleza entera
que en hondo suspiro inmenso
regocijada palpita
y ensancha el cargado seno,
todo cuanto nos rodea
¿no cobra vida y aliento
y parabienes nos manda
con caricias y con besos?
No hay soledad donde se ama;
puebla el amor los desiertos
y tienen dos corazones
unidos como los nuestros
mundos de ilusiones fuera,
coros de esperanzas dentro,
á los ángeles en torno
y á Dios mismo, á Dios entre ellos!

BLANCA. Gracias, Félix. Qué bien me haces!
Tus palabras traen al pecho
un placer desconocido
y un no gustado consuelo.
Padezco tanto!

FELIX. Es posible?

BLANCA. Si vieras cuánto padezco!

FELIX. Ni tu candor é inocencia
viven al dolor ajenos!

BLANCA. ¡Ay, no!

FELIX. ¿Tambien la paloma
llevará dardo sangriento
que engañadoras encubran
las plumas del albo cuello!

BLANCA. Suerte comun es el llanto.

FELIX. Mas que tardas! habla presto,
parte tu dolor conmigo.

BLANCA. Sí, Felix, de este secreto
en tu corazon amante
voy á descargar el peso;
tú, acaso aclararme puedas
mil dudas en que me pierdo.

FELIZ. Habla.
BLANCA. No sé cómo empiece...
Si vieras! Hay en todo esto
medrosas sombras y en ellas
al penetrar me estremezco!
FELIX. Habla por Dios!
BLANCA. Desde niña
me cercan tristeza y duelo
que con sombríos crespones
hasta mi cuna envolvieron;
siento un vacío á mi lado,
un vacío en mi alma siento;
jamás conocí á mi padre,
y cuando en arranque tierno
por él pregunto, anhelando
saber si existe á lo ménos,
mi madre calla, se extiende
la palidez de un espectro
sobre su rostro y dos lágrimas
son la respuesta que obtengo.
Cierto dia que en mi casa
se hallaba el conde, á quien suelo
ver en ella, y que conmigo
es cariñoso y es bueno,
escapóseme á los labios
desde el alma sin quererlo
la pregunta que en mí misma
me estoy sin cesar haciendo.
¿Quién es mi padre? Y mi padre?
No lo tienes,—respondieron—
nunca, infeliz, lo tendrás,
y añadió mi madre luégo,
cual si él lo fuera, ama al conde,
mas guarda en hondo silencio
tu amor, y el nombre de padre
nunca salga de tu pecho.—
Desde entónces sus pesares
trémula y muda contemplo,
desde entónces en mis ansias
nada á preguntar he vuelto.
Dime, dime, si algo, acaso,
sabes tú de estos misterios,

¿por qué el llanto de mi madre?
¿por qué del conde el recelo?
¿por qué me priva el destino
tan sólo á mí de ese afecto?
¡qué fondo tiene esta sima!
qué es esto, Félix, qué es esto?

FELIX. No sé. (Sombrío.)

BLANCA. Pero estás sombrío!
tú tambien!...

FELIX. No; te prometo
responder á tus preguntas.
Mas hoy, Blanca, separémonos;
es tarde.

BLANCA. Te has enojado
conmigo?

FELIX. Oh! ángel del cielo!
Por qué? Mas ¡ay! es preciso.
Adios!
(Estrechando sus manos y dirigiéndose al foro.)

BLANCA. (Deteniéndole.) Espera. Me quedo
más triste que nunca. ¿Me amas?

FELIX. Más tambien que nunca.

BLANCA. ¿Es cierto?
Adios! (Con alegría.)

FELIX. Mi existencia es tuya.
De las lágrimas al riego
muere el amor cuando es falso,
crece cuando es verdadero! (Váse.)

ESCENA VII.

BLANCA, á poco DOÑA GUIOMAR.

BLANCA. (Recordando las palabras de Félix.)
Más que nunca! más que nunca!
la alegría me ha devuelto.
Corro al mirador, desde él
puedo aún verle largo trecho.
Soy feliz!...
(Corre hácia la puerta y se encuentra con Doña Guiomar, que sale por ella.)

GUIOMAR. Hija! Te hallabas
aquí?
BLANCA. Sí!... perdon si os dejo,
mas voy... Sois muy buena. Os amo.
GUIOMAR. Alegre estás!
BLANCA. Mucho!—Un beso,
madre mia. (Más que nunca.
Oh! qué bueno es Dios, qué bueno!)

ESCENA VIII.

DOÑA GUIOMAR.

GUIOMAR. Así fuí yo, alegre y pura.
Esa celeste criatura
mi trasunto en otra edad
es espejo que hermosura
sabe hacer la fealdad.
En su luna lisongera
reproduciéndome estoy
de prodigiosa manera,
que á él me miro como soy
y en él me veo como era.
Oh! calla, calla, memoria,
enterrar quiero mi historia
con mi dicha y mí placer:
dejadme, ensueños de gloria,
pasad, recuerdos de ayer!
¿Dónde hay olvido y consuelo?
—Me ahogo en ese camarin
que me encara con mi duelo,
esto, al ménos, aire y cielo
y un horizonte sin fin.
—Noche, ven! Si la inocencia
tiembla al cerrarse tu broche
yo no advierto tu presencia.
¡Cómo, si aquí, en mi conciencia
siempre, Dios mio, es de noche!
¿Con qué luz, en qué ocasion
no verá mi pensamiento
á ese hombre de perdicion
que es para mi encarnacion

del propio remordimiento!
Á él me une un lazo maldito,
un criminal episodio
con llanto en mi vida escrito.
¡Más que el amor liga el odio
y más que el odio el delito!
Es mi pena. Sin cesar
mirarle real ó soñado,
sus pisadas escuchar;
oir su acento á mi lado,
ay! oir siempre...

CONDE. (Que se ha acercado lentamente.) Guiomar.

ESCENA IX.

DOÑA GUIOMAR, el CONDE.

GUIOMAR. Ah! Qué miro! Compasion!
huye, fantasma cruel!

CONDE. Pardiez, extraña ilusion!
Es donoso! (Con ironía.)

GUIOMAR. (Con amaargura y terror.) Ay! corazon,
no es su sombra; es él, es él!

CONDE. Qué tienes? Es que ha llegado
mi vista á causarte enojos
y que, ingrata, has olvidado?...

GUIOMAR. Es que con vos mi pasado
toma cuerpo ante mis ojos!
Es que, al fin, mi pasion loca
me avergüenza, es que rugiendo
cuando el deber la sofoca
la mano me está mordiendo
con que la tapo la boca!

CONDE. Pero yo aún te amo!

GUIOMAR. Dios mio!

CONDE. Aún te amo.

GUIOMAR. Qué es lo que haceis?

CONDE. Advertirte que es tardío
tu arrepentimiento.

GUIOMAR. Fío
que al cabo le respeteis.

CONDE. Flaqueza y perversidad!

En sus promesas fiad.
¿Qué es de las tuyas? responde.
Ni un sacrificio!

GUIOMAR. (Indignado.) Callad;
estais blasfemando, Conde
Todo por vos lo perdí,
todo lo olvidé por vos,
la honra, la paz, ¡ay de mí!
qué clara muéstraste aquí,
santa justicia de Dios!
Del sacrificio torcido
que en el mal se engendra y nace
es castigo merecido
que sea desconocido
sólo de aquel por quien se hace.

CONDE. Dura estás.

GUIOMAR. (Con agitacion creciente.) Oye, tenía
yo un esposo á quien quería;
con él y con mi virtud
tranquilamente veía
resbalar mi juventud,
mi esposo lejos se hallaba,
mas por mi fatal demencia
supo, donde ausente estaba,
que un ser que nació en su ausencia
su deshonra pregonaba.
Murió desde aquel intante
para mí, nada sé de él;
verdugo á poco el amante
brindó á mi sed delirante
sólo lágrimas y hiel.
Huí los sitios que fueron
testigos de mi amargura,
que mi liviandad supieron,
y aquí con vos me siguieron
la infamia y la desventura.
—¿Cómo arrastrarme al amor
aún piensas?—¿No ves, señor,
que es ya imposible, no ves
que se enredan á mis piés
los girones de mi honor!

CONDE. ¡Qué bien su falta idealiza,

cómo encubre artera y vil
esa contricion postiza,
la veleidad tornadiza
de un corazon mujeril! (Con frio sarcasmo.)

GUIOMAR. Diego, Diego!

CONDE. ¡Vive Cristo,
sigue, ¡si casi me engañas?

GUIOMAR. Cómo es que tanto resisto!

CONDE. Tal fingimiento no he visto.

GUIOMAR. Eres tigre sin entrañas.

CONDE. Hé aquí el pago que guardado
tu gratitud me tenía,
por haberte hasta á mí alzado
y la distancia saltado
que entre los dos existía.

GUIOMAR. No te escondas, te adivino,
frio orgullo que abomino.
Amor dice! ¿Acaso Dios
conceder don tan divino
pudo á un hombre como vos!

CONDE. Desdichada! (Amenazador.) Eh! ¡si no es ira
lo que merece! Delira!—
Y tu hija? (Colérico y con terrible sarcasmo.)

GUIOMAR. (Mi hija! Oh, sí!) Diego. (Transicion.)
Perdóname, mira, mira,
de rodillas te lo ruego. (Á sus piés.)
Nuestra hija! No la abandones:
Qué te he dicho? Estaba loca!
Por la cruz que me perdones!
Déjame; pondré mi boca
donde tú las plantas pones.
Qué! pensaste que ofenderte
quisiera? ¡Cómo podría
si eres mi vida ó mi muerte!
Blanca! —Tú velas su suerte,
la amas ¿verdad?—Hija mia. (Llora.)

CONDE. ¡Por qué, pues, con tal dureza
me tratas? Por qué me insultas?

GUIONAR. Es... esta ruda corteza
es mi dolor... mas terneza
y pasion laten ocultas.
Tú no sabes, bien se nota,

lo que es el remordimiento;
no sabes como de él brota
un raudal de sufrimiento
que en los labios no se agota;
no sabes lo que es llorar
sin alivio á la afliccion,
y dormir sin reposar
y azorado, despertar
al ruido del corazon.
Tú ignoras lo que es tener
un verdugo en nuestro ser
y su horrible paroxismo
desatentado correr
queriendo huir de sí mismo.
Un año y otro! Podrida
por la gangrena la herida,
seca la fé, el alma inerte,
ir maldiciendo la vida
sin esperanza en la muerte!

CONDE. Calla!—Hoy ya tan solo aquí
á nuestra hija busco yo!

GUIOMAR. Gracias. Dudaba de tí!
El padre de mi hija, sí;
mi antiguo amante, eso no!

CONDE. Dónde está!

GUIOMAR. Ven. Mi dolor
así apaciguas y calmas
de mi suplicio el horror.

CONDE. Mas ¿no podrán nuestras almas
unirse ya?

GUIOMAR. En ese amor!

(Entran juntos en la casa, y poco ántes de desaparecer cautelosamente por el lado opuesto D. Alonso y Ruy Perez.—Anochece.

ESCENA X.

D. ALONSO, RUY PEREZ.

ALONSO. Ellos eran, no lo dudes.
Ellos, la certeza tengo.
¡Por Dios, que no me contengo

si tan á tiempo no acudes!

RUY P. No sin razon, me quedé
por estos alrededores,
que algo en achaques de amores
por suerte ó desgracia se.
Mas pienso creisteis mal,
que ve celosa mirada
en toda mujer la amada
y en cualquier hombre un rival.

ALONSO. ¿Que no era Blanca? Quién fuera
sino ella?

RUY P. Su madre acaso...

ALONSO. Dirigir aquí su paso (Sin oirla.)
la ví há poco placentera,
y en aquel íntimo gozo
que su semblante inundaba
comprendí que aquí esperaba
á don Félix... y ese mozo
tras ella debió venir,
yo dudaba, huí no lejos...
deber ¡cuánto tus consejos
me está costando seguir!

RUY P. Ved, señor, que no es prudente
que aquí estemos, ved que es tarde.

ALONSO. ¿Es que ya temes, cobarde?

RUY P. Sí, mas por vos solamente.

ALONSO. Yo! qué es lo que temer puedo?
Hace tiempo que la vida
tengo tan aborrecida
que ella no más me da miedo!

RUY P. Y no era quien vos creeis, (Insistiendo.)
era su madre sin duda.

ALONSO. (Distraido.) Su madre?...

RUY P. Una dama viuda,
señor, que no conoceis,
que casi nadie conoce
pues vive en la soledad
de su venturosa edad
llorando el pasado goce.

ALONSO. (Sin oirle y despues de una pausa.)
No más, basta de engañar
las ansias del corazon!

quien algo dé á la pasion
nada le quiera negar!

RUY P. La habeis hablado?

ALONSO. En mi vida.
En romería cercana
la ví, há poco, una mañana
por una dueña seguida.
Á esta ciudad, tras su huella
he venido, sin poder
la dulce atraccion vencer
que me arrastra ¡ay! en pos de ella.
Cuanto la concierne ignoro;
ni aun si fijó su mirada
en mí, afirmo; no sé nada
si no que es bella y la adoro.
De este influjo singular
en vano librarme quiero:
no va al imán el acero
como el triste á su pesar.

RUY P. Pero ya en vuestra memoria
se ha borrado?...

ALONSO. Qué sé yo!
Heridas hay... Pero no
me recuerdes esa historia.

RUY P. ¡Y así rendís vasallaje
á un amor sin esperanza,
mientras aquella venganza
de antiguo y sangriento ultraje
que ayer, con orgullo, ós ví
acariciar en el pecho!...

ALONSO. Calla! Calla! Sólo hay trecho
para un sentimiento aquí! (En el corazon.)
Sólo él perturba la calma
conque, indiferente, el orbe
viera hundirse, que él absorbe
todas las fuerzas del alma.
—Arroja al incendio, ciego,
cuanto vieres, cuanto hallares,
que todo lo que arrojares
se hará llama y se hará fuego.
Háblame de deshonor,
de odio, de venganza fiera,

¡todo es pábulo á esta hoguera
y combustible á este amor!

RUY P. Callad, álguien llega.
(Señalando á la casa de la que sale el Conde.)

ALONSO. Sí.

RUY P. Un hombre.

ALONSO. Es don Félix?

RUY. P. No.

ALONSO. Quién puede á estas horas?

RUY. P. Oh!
Retirémonos allí.
(Se retiran al foro, el Conde se adelanta á la escena.)

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Dejarla ya! Que tasado
este bien se me concede!
(Mirando á la casa y como si le costara trabajo alejarse.)

ALONSO. ¿Qué es lo que miro? No puede
ser ilusion! (Mirando al Conde.)

CONDE. Desdichado
amor, único y fatal!
Salgamos! (Con esfuerzo. Váse.)

RUY P. Mi vista es fiel.
(Viendo al Conde alejarse.)

ALONSO. No hay duda; es el Conde, es él!
(Vuelven ambos al proscenio.)
Le conociste?

RUY P. Sí tal.

ALONSO. ¡Don Diego aquí y en su casa!

RUY P. ¡Casualidad semejante!

ALONSO. Escucha. Sin que un instante
pierdas, síguele.

RUY P. Aún no pasa (Mirando.)
el puentecillo.

ALONSO. Detrás,
sin descubrirte.

RUY P. ¿Hasta dónde?

ALONSO. Hasta su morada; al Conde
debo ver...
RUY P. Pero...
ALONSO. No más!

(Ruy Perez al decir «pero» debe indicar su temor de dejar solo allí á D. Alonso y marcar una ligera y respetuosa resistencia á hacerlo. Don Alonso repone «no más» imponiéndole con un ademan que se vaya. Ruy obedece y váse.)

ESCENA XII.

D. ALONSO, á poco DOÑA GUIOMAR.

ALONSO. Yo sabré. . En este momento
nada de aquí me separa.
Si aún la viera... si la hablara...
GUIOMAR. (Dentro) Conde!...
ALONSO. Quién?
GUIOMAR. (Más cerca y llamando otra vez.)
Conde!...
ALONSO. (Con gran sorpresa y emocion.) Ese acento!

(En este momento aparece Doña Guiomar. Al salir se detiene para pronunciar las primeras palabras que cree dirigir al Conde. D. Alonso se queda tambien como enclavado al otro lado de la escena. Ha cerrado la noche y la luna ilumina vagamente la escena.)

GUIOMAR. Un instante! Á vuestros labios
aún mis culpas me encadenan!
ALONSO. ¡Qué voz es esa en que suenan
todos juntos mis agravios!

(Se acercan hasta quedar juntos.)

GUIOMAR. Conde, ¿ni aun queréisme hablar?
¿No escuchareis mi deseo?
Ah!

(Con un grito que expresa su emocion viendo que no es el Conde y conociendo á D. Alonso. Cúbrese con ambas manos.)

ALONSO. (Lanzándose á ella y descubriéndola el rostro.)
Tu rostro!... Dios!... Qué veo!

Guiomar! No sueño? Guiomar!
Es ella! Amor, esperanza,
¿qué sois? delirio infecundo!
Hay un placer en el mundo;
el placer de la venganza.

GUIOMAR. Mi esposo! Despierta estoy?
Él es! Me aterra y me halaga!

ALONSO. Calla! un espectro que vaga
pidiendo justicia soy.
Aquel esposo olvidado,
largo tiempo hace que ha muerto;
murió al hallarle desierto
sobre su lecho ultrajado.
Yo soy su sombra, rubor,
miedo, afrenta y padecer,
que eso tan sólo es un ser
que sobrevive á su honor.
Así de una á la otra parte
corrí del mundo en la sirte,
no sé si queriendo huirte
ó deseando encontrarte.
Do quiera oyendo procaz
levantarse entre la gente
sordo rumor maldiciente
que me azotaba la faz.

GUIOMAR. Me muero!... (Desfallecida.)

ALONSO. Cómo! Eso no!
No tienes, y harto me pesa,
más que una vida, una, y esa
quiero arrancártela yo!

GUIOMAR. Pronto! Mi sangre publique
tu justicia. No perdones!

ALONSO. Sí, que corra á borbotones,
que la cara me salpique,
y un nuevo carmin destruya
el carmin que la cubría,
y en vez de vergüenza mia
la enrojezca sangre tuya!

GUIOMAR. Mátame, mátame ya!

ALONSO. (Desnudando la daga.)
¡Limpio acero, tú no engañas.
Vé á buscarme en sus entrañas

la honra!

GUIOMAR. (Disponiéndose á morir y con terror.)
¡Cielos!!

ALONSO. ¡Muere!

BLANCA. ¡Ah!...
(Apareciendo de pronto y dando un agudo grito.)

ESCENA XIII.

DOÑA GUIOMAR, D. ALONSO, BLANCA.

BLANCA. ¡Madre!... (Corriendo á ella.)

GUIOMAR. ¡Blanca!

ALONSO. ¡Ella!
(Reconociéndola con horror.)

GUIOMAR. (Faltándole el valor al ver á su hija.)
¡Perdon!
(Cayendo á los piés de D. Alonso.)

ALONSO. ¡Fatalidad espantosa!
(Dejando caer el puñal y con terror.)
¡Amo á la hija de mi esposa!
Amo en ella mi baldon!!
(D. Alonso anonadado y con la frente hundida entre las manos. Doña Guiomar á sus piés desvanecida. Blanca de rodillas y abrazada al cuerpo de su madre. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Doña Guiomar. Gusto y mueblaje de la época. Puerta al foro que conduce á la calle. Puertas laterales de las cuales una baja al jardin y otra enfrente lleva á la habitacion de D. Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GUIOMAR sentada en un sillon de testero que habrá á la derecha. BLANCA á su lado en un escabel. Tienen las manos enlazadas.

GUIOMAR. Por qué estás triste, hija mia?
qué tienes?
BLANCA. Ah! nada, madre,
melancolías sin nombre,
indefinidos pasares.
GUIOMAR. No: tú ocultas una pena
que he de saber.
BLANCA. Escuchadme.
El impensado suceso
ocurrido noches hace
en el jardin, que de modo
tan extraño y bajo tales
auspicios, ay! no halagüeños
á mi lado puso al padre
de quien no supe hasta entónces;

aquí mudanza harto grande
ha producido y á un tiempo
me regocija y abate.

GUIOMAR. Hija del alma, podría
de su venida pesarte?

BLANCA. No digais eso. Aunque nunca
le ví, desde aquel instante,
sino con amor que sólo
del íntimo trato nace,
como á quien es respetuosa
siempre he sabido mirarle.
Mas él hácia mí se muestra
no se cómo, adusto y grave,
ni la más leve caricia
ni la más ligera frase
le debí nunca. Alejado
de vos misma, no comparte
vuestro aposento ni mesa,
y sólo de tarde en tarde
vémosle dejar su cámara
de las nuestras tan distante.

GUIOMAR. Respetemos los misterios
de ese corazon que late
sólo por la ciencia. (Ignora,
pobre niña, que tu madre
y tú, su infortunio somos,
tú inocente y yo culpable.)

BLANCA. Pero es que ademas ¡Dios mio!
severo con cuanto atañe
á mi amor, puso entre Félix
y yo muro infranqueable
prohibiéndome por entero
que le vea y que le hable.
Y es, ¡ay! que no me es posible,
no, de Félix separarme,
que apartada de él no siento
la vida, que me ahoga el aire
que respiro, que en tinieblas
se envuelve el sol y mi sangre
no circula y cuantas penas
de mi alma en el fondo yacen
suben á la superficie

en marea formidable
y es todo temor y duelo
lo que era venturas antes!

GUIOMAR. Cambiada te encuentro, niña,
muy cambiada.

BLANCA. Si, tiempo hace,
sabedlo al fin, que yo misma
me desconozco; es en balde
que negároslo pretenda
ni de ocultároslo trate.
Desde que le amo mi vida
rebasa su angosto cáuce
y hallo que en mí se despierta
un espíritu más grande.
Yo no sé qué es lo que siento,
mezcla vaga inesplicable
de languidez melancólica
y de alegría inconstante;
ora sin contento rio,
ora lloro sin pesares,
inadvertida en mis rezos
mezclo enamoradas frases;
por todas partes me sigue
callada y tenaz su imágen
y en mis oidos resuena
su nombre por todas partes.

GUIOMAR. Me asustan, hija, me asustan
esos trasportes amantes
que pueden como á la dicha
á la desgracia arrastrarte.
Vela, por Dios, dia y noche
sobre ese amor, vela y hazle
que ilumine sin que ciegue
y dé calor sin que abrase;
mira que el alma es un lago
donde debe retratarse
siempre el cielo, cuida mucho
que las brisas que lo halaguen
no lo enturbien algun dia
trocadas en huracanes,
y piensa que puede, acaso
más intensa á cada instante,

la luz demasiado viva
quebrar el vaso en que arde.

BLANCA. Oh! Me habeis causado miedo
con cuanto acabais de hablarme.
Es cierto que es tal la vida,
tal el corazon, qué cabe
que un amor tan santo y puro
llegue á ser fuente de males?

GUIOMAR. Dios bendiga tu inocencia
y del tormento te guarde
de llevar siempre en los labios
dejo de amarguras acre,
resplandores en los ojos
de pasadas tempestades.
Dios...

BLANCA. Oh! Confiad tranquila
en qué Él y su santa madre
velarán por mí!

GUIOMAR. Sí, Blanca,
Blanca mia, y no te extrañe
si mi dolor y cariño
me arrancaron estas frases.
Quien las zarzas de la vida
ha teñido con su sangre,
y ha empapado con sus lágrimas
este suelo miserable,
¿qué lenguaje hablar podría
sino este triste lenguaje?
Pero no te apenes.

BLANCA. Cielos,
sufrís tanto!

GUIOMAR. No es tan grave
ya el peso de mi desdicha;
mi esposo á quien implacable
vimos un dia, á mi lado
hoy me perdona...

BLANCA. Á vos, madre!
Perdonaros! Pues podría
delitos tener un ángel?

GUIOILAR. (Qué acusacion más terrible
que esa confianza!)

BLANCA. Infames

maquinaciones sin duda.
Decid, decid...

GUIOMAR. (Me falta aire!)

BLANCA. Yo ví ¡qué horror! una noche
sobre vuestro pecho alzarse
su puñal?

GUIOMAR. (Oh, qué suplicio!)
Sí, sí, rumores falaces...
sugestiones enemigas...
qué sé yo! Mas, no es bastante
que hayamos todos sufrido
veinte años interminables?
¿Á qué recordarlo ahora?
Ya entre nosotros no late
aquel odio, ni aún memoria
de él aquí conserva nadie!
(En dónde hay mayor castigo?
Ante mi hija avergonzarme!)

BLANCA. (Qué es lo que hice?) No pensemos
más en ello: un beso dadme.
Así.

GUIOMAR. Y ahora al jardin vete.
Allí te aguardan constantes
tus amigas, esas flores
que en otro tiempo plantaste.

BLANCA. Cuánto os amo!

GUIOMAR. Vé, hija, que ellas
sin tu mirada no se abren.

BLANCA. No bajareis vos?

GUIOMAR. Sí, cuando
mis oraciones acabe. (Váse Blanca.)

ESCENA II.

DOÑA GUIOMAR.

Qué sangrienta expiacion! En mi conciencia
sentir miedo y rubor de lo que adoro
y acusadora serme la presencia
del sólo ser por quien aliento y oro!
Un árbol la existencia
de empozoñados jugos me parece

que á sí atrayendo con frescura grata,
todo lo que á su sombra se guarece
con las caricias de su sombra mata.
¡Señor, Señor, no temas que mis quejas
suban jamás á importunar tu oido,
bien haces ¡ay! cuando de mí te alejas,
si mi infortunio es grande, es merecido.
No te ruego por mí, pero á esa pura
angélica criatura
que las hieles del mal aún no conoce,
guarda de la inocencia el santo goce
y del amor la celestial ventura!
Alguien llega. Es Alonso.

ESCENA III.

DOÑA GUIOMAR, D. ALONSO.

Este entra por el fondo taciturno, con los brazos cruzados sobre el pecho y atraviesa la escena sin ver á Doña Guiomar, que se retira á un lado yendo á sentarse en el sillon de la derecha.

GUIOMAR. (Ap. contemplándole.) (Eternamente
sumido en honda reflexion flotando
nube de tempestad sobre su frente!...
Qué pasa dentro de él?)
ALONSO. (Ah! Cuando, cuando
esta negra sospecha
que váse igual que emponzoñada flecha
mas cada vez al corazon clavando,
podré aclarar al fin? Me ahoga el ambiente
que aquí respiro á mi pesar: me abrasa
los piés el pavimento de esta casa.
GUIOMAR. (Tiemblo cuando medita.)
ALONSO. (Mas no puedo,
no debo de ella huir.)
GUIOMAR. (Ay! Qué medita?)
ALONSO. («Quédate» mi honor grita.
la voz escucho de mi honor, me quedo!
Horas quizás y mi empañado nombre
veré sin mancha, que á mi afan ya es tarde.

Sepamos de una vez quién es ese hombre.
Calla entre tanto, corazon cobarde.
Resiste al verla y tu ansiedad devora.)

GUIOMAR. (Gózate en tu maldad, desventurada!)

ALONSO. (Oh, luégo huir y para siempre. Ahora,
de entrambos, ella á Dios, él á mi espada.)
(En este momento se vuelve y se encuentra enfrente de Doña Guiomar.)

GUIOMAR. Ah!

ALONSO. Quién aquí? Guiomar!

GUIOMAR. Señor, perdona
si advertirte no osé de mi presencia.

ALONSO. Tímida estás á fe!

GUIOMAR. Todo pregona,
todo en vos la demencia
de un supremo dolor.

ALONSO. (Asaltado de una idea repentina mas vacilando.)
Vete. No, aguarda...
Vete.

GUIOMAR. Oh! Alonso tu silencio encona
la herida oculta que tu pecho guarda.
Habla, ¡cómo pudiera de esa herida
confundirse la sangre, gota á gota,
con la que otra mortal aquí escondida
muda tambien á borbotones brota!

ALONSO. Qué dices?

GUIOMAR. Habla pues!

ALONSO. Sí, por mi vida.
Tú pudieras quizás, contra mi estrella,
la llaga refrescar que te da espanto.

GUIOMAR. Si bálsamo verter no puedo en ella,
en ella al ménos verteré mi llanto.

ALONSO. Oye. Veinte años hace que dichoso
la dulce calma de su hogar amado
dejaba un fiel esposo,
allá á lejano clima y peligroso
por el deseo de saber llamado.
Ilusiones de amor, sueños de gloria
mentía el porvenir que le arrastraba,
de aquel oscuro porvenir doraba
con risueño espejismo la memoria.
¡Con qué placer podría

retornando al hogar que tanto amaba
decir á la que en él le esperaría:
«yo rasgué osado el pudoroso velo
con que cubre su faz naturaleza,
y la augusta grandeza
lancéme á escudriñar de tierra y cielo!
Todo, todo por tí; para tu frente
quieres una corona? no me estorbes
ceñírtela de estellas refulgentes.
Me pides un presente?
ahí tienes el secreto de los orbes.»
Necia y vana ilusion! Pronto su anhelo
vió deshacerse en desengaño impío
cual se deshace inmaculado hielo
en turbio charco cenagoso y frio.
Verdad, cruel verdad que adora el hombre
con hidrópico amor que no se sacia:
hoy te conozco al fin: hoy sé tu nombre.
Te llamas la desgracia!
El alegre mancebo enamorado,
viejo volvió, más viejo todavía
por el dolor que el alma le ha sacado,
cobarde ó generoso, la falsía
y el infame borron ha perdonado
á la débil mujer; mas delirante,
aún ébrio de rencor, allá en el fondo
del corazon que sangra, oye punzante,
grito implacable y hondo
que así zumba en su oido á cada instante:
«Véngate; alguno descuidado y fuerte
de tu ira burla y sobre el mundo alienta,
él puede dar ó recibir la muerte:
salda de tu honra la atrasada cuenta.»

GUIOMAR. Cielos!

ALONSO. Señala á ese hombre, necesito
ya de mi oido acallar el ronco grito!

GUIOMAR. Cielos!

ALONSO. Habla. Guiomar.

GUIOMAR. Qué es lo que quieres?

ALONSO. Pues no entiendes aún? vengar el dolo.
Ese nombre!

GUIOMAR. Ay de mí!

ALONSO. Viles mujeres
con fortaleza para el mal tan solo!
GUIOMAR. Qué me pides, Alonso?
ALONSO. Desdichada!
Te atreverás á defenderle acaso?
GUIOMAR. Por qué dar en la infamia un nuevo paso?
Por qué aún me has de querer más degradada!
Toma mi sangre y tus afrentas borra.
Que ella tan solo se derrame y corra!
ALONSO. Pues necia, si al hallarte en mi despecho
tras veinte años de espera y de agonía
no hundí el puñal en tu menguado pecho,
para mi encono y la venganza mia,
no entiendes que te encuentro despreciable.
y pienso que al matarte mataría
contigo tu secreto abominable?
GUIOMAR. Ten compasion de mí!
ALONSO. Basta! (Él ahora!
Forzoso es ya... Pero será posible?
Quién el humano corazon explora?
Yo he de arrancarle su secreto horrible.
El que mil veces estrechó mi mano;
al que el pecho mostré franco y abierto!
No hay villano cual yo, si esto no es cierto...
si lo es, nadie como él, nadie villano!)
Hola, Ruy Perez! (Llamando.)

ESCENA IV.

DOÑA GUIOMAR, D. ALONSO y RUY PEREZ.

RUY P. Señor!
GUIOMAR. (Qué hace? En voz baja platican...
A este angustioso suplicio
cómo pueden llamar vida!)
(Déjase caer en un sillon: D. Alonso y Ruy Perez siguen hablando al otro lado.)
ALONSO. Dudé, vacilé, costaba
mucho el paso á mi hidalguía,
pero la sospecha crece,
mi anhelo y mi afan se avivan,
y pues tú nada lograste,

lo he de hacer.

RUY P. Una entrevista,
no se me alcanza otro medio
mejor.

ALONSO. Mi espada en seguida
y mi sombrero. (Váse Ruy Perez.)

GUIOMAR. (Ay! en dónde
tiene el fondo mi desdicha!)
(Sale Ruy Perez con las prendas indicadas.)

ALONSO. La casa está cerca?

RUY P. Cerca.

GUIOMAR. (Dónde van?)

RUY P. Soy vuestro.

ALONSO. Guía. (Vánse foro.)

ESCENA V.

DOÑA GUIOMAR, que se levanta y va á la puerta por donde han salido D. Alonso y Ruy Perez.

Bajan... se alejan, Dios mio!
qué intentará? Mi intranquila
conciencia por todas partes
riesgos y amenazas mira.
No forja sombras la noche
como el alma asustadiza
del culpable.

ESCENA VI.

DICHA y BLANCA, saliendo apresurada por el foro.

BLANCA. Madre, madre!

GUIOMAR. Qué sucede?

BLANCA. Madre mía,
él... él viene... quiere veros...
me opuse en vano... se obstina...

GUIOMAR. Pero él? Quién?

BLANCA. Félix... os juro
que yo nada conocía

de su designio... Miradme
temblorosa y aturdida.

GUIOMAR. Félix!

BLANCA. Félix.

GUIOMAR. Qué imprudencia!

BLANCA. Aqui está.

GUIOMAR. Dios nos asista!

ESCENA VII.

DICHAS y FÉLIX, por el foro.

FELIX. Perdon, señora, comprendo
que es temeraria osadía
llegar aquí de tal modo
sin vuestra venia y las iras
de vuestro esposo arrostrando,
mas de disculpa me sirvan
la ansiedad que me devora
y la pasion que me hostiga.

GUIOMAR. No habeis á Alonso encontrado?

FELIX. Sosegad; salido había
cuando yo, que vigilaba
desde la calle vecina,
(Durante esta escena Blanca irá alternativamente del lado de Félix á la puerta de entrada con agitacion.)
recatado entré, á mi intento
viendo la ocasion propicia.

BLANCA. (Estoy trémula de miedo
y de gozo.)

GUIOMAR Os mentiria,
don Félix, si no os dijera
la zozobra que me agita
viéndoos aquí, aunque me pese
mucho de ello...

FELIX. Sí, prohibida
en esta casa la entrada
me está, lo sé.

GUIOMAR. Pues daos prisa,

ántes que mi esposo vuelva.
hablad.

FELIX. Á hablaros venía.

GUIOMAR. No olvideis mi sobresalto.

BLANCA. Madre, os ruego que benigna
le escucheis.

GUIOMAR. Decid, don Félix,
decid pues.

FELIX. Harto vos misma,
harto comprendeis, señora,
cuanta crueldad é injusticia
hay en cerrarme estas puertas
cuando más deben abrírmelas,
sin que entrever se me deje,
por satisfaccion mezquina,
la razon que lo ocasiona,
el misterio que lo explíca,
y ofendiendo á un tiempo mismo
mi cariño y mi hidalguía.

GUIOMAR. Si es que á impulso de la pena
que es de suyo irreflexiva,
acusarme habeis podido
del mandato que os lastima,
recordad que hasta hoy tuvísteis
franca esta casa y amiga,
holgándome yo en extremo
por vuestro amor, por mi hija,
y sabed, porque el saberlo
como desagravio os sirva,
que parte en esto no tuve,
que no hago más que sumisa
acatar algunas órdenes
á que en vano me opondría,
y que injusto andais, don Félix,
con quien sabeis que solícita
por la ventura de entrambos
diera gustosa la vida.

BLANCA. Madre del alma, qué buena,
qué buena sois!

FELIX. Á fe mia
os juro que no he dudado
de vos, y que agradecida

tal el alma os reverencia
que no me perdonaría,
ni la más liviana sombra
de una ofensa.

BLANCA. Ah! Félix, mira,
ella, ella es nuestro ángel bueno!

FELIX. Pero, al ménos mi desdicha
su propio orígen conozca;
que al desventurado alivia
ver desgarrado el vendaje,
hasta el fondo de la herida.

GUIOMAR. Imposible la respuesta,
que ¡ay de mí! para mi misma
es un secreto.

FELIX. Pues bien,
mengua sufrirlo sería:
preciso que esto concluya.

GUIOMAR. Calma, prudencia, suplica
á mi esposo.

BLANCA. Sí, á sus plantas,
á sus plantas de rodillas!

GUIOMAR. Pero, oh Dios! qué es lo que hacemos?
con la fortuna enemiga
jugamos. Idos, don Félix,
idos ya.

FELIX. Sí; en la porfía
entablada me da fuerzas
saber que os tengo propicia.

GUIOMAR. Corre el tiempo.

FELIX. Permitidme
besar la mano querida
que el bien único que gozo
generosa me prodiga.

GUIOMAR. Idos, idos.

BLANCA. Ah!

GUIOMAR. Qué pasa?

BLANCA. Es tarde, somos perdidas.

FELIX. Qué?

BLANCA. Mi padre.

GUIOMAR. Cielo santo!

BLANCA. Oigo su voz, se aproxima.

FELIX. Qué hacer?

GUIOMAR. Jesús!
FELIX. Si esperara...
GUIOMAR. Nunca!
FELIX. Entónces?...
GUIOMAR. No os decía!
Aquí pronto, aquí. Ocultaos.
FELIX. Oh, vergüenza!
GUIOMAR. Entrad aprisa. (Váse.)
BLANCA. (Hoy mismo, hoy mismo he de hablarle.
Quién prolonga esta agonía!)

ESCENA VIII.

DICHAS, D. ALONSO y el CONDE.

ALONSO. Hénos ya aquí.
CONDE. Qué me place!
GUIOMAR. (Juntos!)
CONDE. (Ellas!)
GUIOMAR. (Pobre niña!)
ALONSO. Aquí estábais?
CONDE. Guarde Dios
á estas damas.
ALONSO. (No vacila,
ni se turba.) Retiraos.
Con el Conde me precisa
hablar un instante á solas
GUIOMAR. (Qué será esto? Me horroriza
su calma. Y allí don Félix!
Dios nos valga.)
BLANCA. (Oh, madre mia!) (Vánse.)

ESCENA IX.

D. ALONSO y el CONDE.

CONDE. (Pardiez que si su regreso
á tiempo no me avisara
Juan Gil...!)
ALONSO. (Apenas reprimo
mi impaciencia. Pero, calma:

si es que es él voy á saberlo!)

CONDE. (No sé qué temor me asalta...)

ALONSO. (Ea! el todo por el todo.)

CONDE. (Por si acaso estaré en guardia.)
Grata sorpresa me ha sido
veros de vuelta en España,
pero en verdad que anduvísteis
olvidadizo pues nada
de ella supe.

ALONSO. (Con intencion.) (Mi presencia
así ha de seros más grata,
que aumentan las alegrías
cuando son inesperadas.

CONDE. (Es mi recelo ó rebosan
ironía sus palabras!)

ALONSO. Olvido! Ved, señor Conde,
lo que es la injusticia humana
y el error de nuestros juicios;
os juro en Dios y mi ánima
que pocas veces os tuve
tan presente!
(Siempre con intencion ligeramente marcada.)

CONDE. (Con frialdad.) Yo os doy gracias
por ello.

ALONSO. Desde que vine
hablar con vos anhelaba;
y ya veis que no bien hube
sabido vuestra morada,
iba á buscaros en ella.

CONDE. Pero os negásteis á honrarla.

ALONSO. En la mitad del camino
nos hallamos y á distancia
semejante de una y otra,
y jornada por jornada,
no extrañeis que prefiriera,
don Diego, la de mi casa,
que no he supuesto que nunca
de entrar en ella os pesara.

CONDE. Huélgome por el contrario.

ALONSO. Es al ménos, tan honrada
como la vuestra!

CONDE. (Qué es esto?)

ALONSO. Además tal importancia
tiene lo que he de deciros,
tan secreto es, que no hablara
libremente en otra parte
como aquí.

CONDE. Pero me pasman
vuestras frases. Qué misterio?...

ALONSO. Vais á oir algo que espanta,
vais á medir la perfidia
que cabe dentro de un alma,
vais á asomaros al borde
de una sima oscura y ancha,
con fondo, si fondo tiene,
de cieno amasado en lágrimas.

CONDE. (No hay duda, sabe ó sospecha,
serenidad.) Yo ardo en ansias
de escucharos.

ALONSO. Pues hacedlo
sin perder una palabra;
confesor, franco consejo
de vos mis dudas reclaman;
juez, sentencia inapelable
vais á dictar en mi causa.

CONDE. Hablad.

ALONSO. Sentaos; la historia
como es dolorosa, es larga.

CONDE. (Qué va á decir!)
(Se sientan. Pausa conveniente.)

ALONSO. Era un hombre,
casi un mancebo que de altas
empresas enamorado
y con la gloria por dama,
se había unido, cediendo
más á paternas instancias
que á apasionados impulsos,
á una mujer ante el ara.
Un dia, no sé cuánto hace,
porque en la engañosa trama
de esta mísera existencia,
son nuestras horas aciagas
si cuando presentes siglos,
instantes cuando pasadas:

un dia, no sé cuánto hace,
por el deber y la fama
el aventurero mozo
partióse á tierras lejanas,
Pasó tiempo en el retiro
de su vida solitaria,
cuando ya espirando el plazo
de la ausencia prolongada
tornar en breve debía
á los brazos de la patria,
le hirió, como siempre hiere
la desdicha por la espalda,
la nueva de su deshonra
que á traicion labró la infamia.
Cómo tan grandes pesares
de un golpe la mente abarca?
Ay! al rayo que aniquila
el relámpago acompaña
para mostrar á los ojos
el horror de la desgracia!

CONDE. (Que se propone? Imposible,
que de cierto sepa nada.
Quiere arrancarme el secreto!)

ALONSO. Loco de pena y de rabia
buscó á la infiel donde quiera
pudo pensar encontrarla;
pero perdida su huella
salió de nuevo de España
sin que hasta hoy haya podido
descubrir al que á mansalva
le ultrajó satisfaciendo
su deseo de venganza.

CONDE. (No me engañé, son sospechas
sólo, de aclararlas trata.
Qué temer? No ha de lograrlo
por quien soy!)

ALONSO. (Qué infame máscara
de disimulo!) Y bien, Conde,
nada decís?

CONDE. Aguardaba
el final. La historia ha tiempo
sé con dolor.

ALONSO. (Y su cara
nada dice, nada dice!)
CONDE. Proseguid.
ALONSO. Sí, sí que aún falta
lo mejor! Oid atento.
CONDE. (Callaré!)
ALONSO. (Veré si aun callas!)
CONDE. Despues!...
ALONSO. Despues... Qué merece
el que cediendo á bastarda
inclinacion y al impulso
de una pasion insensata
atropella su conciencia,
sobre sus deberes salta
y acaricia en el misterio
un deseo que le arrastra
á la demencia á la culpa?...
Hablad, señor Conde, aguarda
vuestro fallo el delincuente.
CONDE. El momento; lo esperaba,
pero quién? Sin que conozca
al reo el juez cómo falla?
ALONSO. No le habeis adivinado?
CSNDE. No por Dios, no se me alcanza...
Quién es?
ALONSO. Yo!
CONDE. Cómo! Qué dice?
ALONSO. Salga de mi pecho, salga
esta revelacion. Amo.
CONDE. Vos.
ALONSO. Hay justicias extrañas
en el azar. Cierto dia,
de manera inesperada
hallé en mi camino un ángel,
como el nublado se rasga
al sol que de pronto surge
de entre girones de gasa,
de mi existencia en las brumas
volvió á lucir la esperanza.
Amé por la vez primera,
amé, Conde, como se ama
de la vida en el otoño

cuando á las flores galanas
suceden frutos maduros
como en la tierra, en el alma!
Y sabeis, sabeis quién era
la que en mi ser despertaba
tal pasion? Tarde lo supe.

CONDE. Decid.

ALONSO. Mi afrenta encarnada.

CONDE. (No estoy soñando?)

ALONSO. La prenda
de mi deshonor.

CONDE. Oh! Blanca...
(Qué iba á hacer...)

ALONSO. Sí, Blanca... Ahora
hablad vos... No teneis nada
que decir?

CONDE. Yo!... No... El asombro...
el temor... por vos me embargan...
Pero... qué podré deciros?

ALONSO. (Siempre ese rostro, esa calma!
Es de mármol ese hombre?
No es él?... Oh! sí, lo jurara.)
Conde, pensad cuanto os dije:
que aun ni una sola palabra
de mi boca ella ha escuchado.
que me enloquece esta casa,
que el batallador es débil
y es tremenda la batalla;
que solamente renuncio
al amor por la venganza;
pensadlo y en corto espacio
volved, Conde, sin tardanza;
volved qne... vuestro consejo
quedo aguardando con ansia. (Váse.)

ESCENA X.

EL CONDE, luégo D. FÉLIX.

CONDE. Qué hacer? por la vez primera
la resolucion me falta.
Cómo no me he descubierto?
Quién la razon conservára!

Su infame amor, sus sospechas
que ya en la certeza rayan...
Oh! Qué hacer?...

FELIX. (Saliendo despues de ver solo al Conde.)
Conde.

CONDE. Quién?

FELIX. Conde,
desde esa contigua sala
todo acabo de escucharlo.

CONDE. Vos! (Todavía me ampara
el infierno; él me le envía!)

FELIX. Pero es cierto? No soñaba
cuando oí?...

CONDE. No... desgraciado,
su perfidia está harto clara.

FELIX. Qué decís?

CONDE. Que don Alonso...

FELIX. Callad, callad que me espanta
la certeza. No es posible!

CONDE. Ruin naturaleza humana!
Mientras duda, pide á gritos
la verdad, y al encontrarla
á gritos pide la duda!

FELIX. No, por Dios; mis celos hablan
en mi pecho. Sangre piden!

CONDE. Venid, de mi lengua franca
lo sabreis todo. (Ya es mío.)
Hareis?...

FELIX. Lo que á vos os plazca.
Vamos pronto.

CONDE. Sí, sí, vamos.
(Volveré!)
(Se ha dirigido al foro y despues de un momento dice el «Volveré.»)

FELIX. La ira me abrasa. (Vánse foro.)

ESCENA XI.

D. ALONSO, desde el foro para salir con direccion al jardin.

Necesito respirar

del jaadin el aire puro...
Volverá el Conde? Oh! seguro.
Luchar y siempre luchar!
Sentir igual que esos reos
que mueren descuartizados,
cual del alma, desbocados,
tiran contrarios deseos.
Mas qué digo! acaso no
es verdad que esto que siento
es solo aborrecimiento!...
Pues quién piensa que amo yo!
No, no, si deliro así!
Venganza, tú eres ahora
de mi voluntad señora,
tú sola reinas en mí.
Pero corriendo en pos tuyo
ay! desatentado y loco,
tu fantasma apenas toco
ni de alcanzarte concluyo.
Y me agito y me atormento
por la duda atenazado...
Desdichado, desdichado,
me asesina el pensamiento!
(Dejando caer la cabeza entre las manos. Pausa larga.)

ESCENA XII.

D. ALONSO, BLANCA.

BLANCA. Señor!
ALONSO. Ah! Tú! Á qué has venido?
Qué quieres? (Con voz airada.)
BLANCA. Piedad, señor:
Me asustais!
ALONSO. (Reponiéndose.) Perdon te pido;
mi dolor has sorprendido,
¡y es tan cobarde el dolor!
Me buscabas?
BLANCA. Sí, os buscaba
porque hablaros deseaba
si me dais vuestra licencia,
mas veo que mi presencia

os importuna y... (Queriendo irse.)

ALONSO. (Deteniéndola.) No, acaba.

BLANCA. (La lengua me traba el miedo!)

VLONSO. Habla. (No mando yo en mí?)
Ya ves que á escucharte accedo.

BLANCA. Mas...

ALONSO. No hablas?

BLANCA. Si es que no puedo
al veros mirarme así!

ALONSO. (Cómo miraisla, mis ojos!)

BLANCA. (Valor!)

ALONSO. Con secretos vienes
que te producen sonrojos?

BLANCA. Son cuidados, son antojos
de amores.

ALONSO. Amores tienes?

BLANCA. Perdonad. Mas por qué extraño
encontrais y os desagrada,
si por mi mal no me engaño,
que yo viva aficionada
de don Félix de Avendaño?
Á vuestros piés por mi amor
os lo vengo á suplicar;
dadle aquí entrada, señor,
y puédale ver y hablar
sin reserva ni temor.

ALONSO. (Levantándola con celosa ira.)
Basta, basta, la criatura
dulce y tímida, la pura
doncella viene hoy á mí,
con audaz desenvoltura
de un mancebo á hablarme así!

BLANCA. Para que llegue á mi lado
licencia, sumisa, os pido,
que más cumple al recatado
gozar el placer pedido
que disfrutarle robado.
Si justos los fines son,
permitid que os lo repita,
podrá ofender su opinion
quién asalta la ocasion,
mas no quien la solicita.

ALONSO. Por Dios, que estás ingeniosa
defendiendo esa demencia!
BLANCA. Qué infernal genio os acosa
que así en ceguera furiosa
me maltratais sin clemencia?
No sabeis lo que es amar!
ALONSO. (Yendo á venderse y conteniéndose con un esfuerzo supremo.)
Ah!... No!
BLANCA. Quien de veras ama,
se consume sin cesar
en una inextinta llama,
gloria...
ALONSO. (Dejándose llevar á pesar suyo del sentimiento que le domina.)
Y tormento á la par!
BLANCA. Cuando á su lado no mira
al que es su ser, lentamente
cual luz que se apaga espira.
ALONSO. Se ahoga en el impuro ambiente
que su amante no respira.
BLANCA. Con su recuerdo consuela
la lejanía crüel.
ALONSO. Sus pasos persigue y cela.
BLANCA. En él medita si vela.
ALONSO. Si duerme, sueña con él.
En llanto empapa su historia.
BLANCA. Compénsale un bien interno.
ALONSO. Iluminan su memoria...
BLANCA. Resplandores de la gloria.
ALONSO. Llamaradas del infierno.
Já, já, já! pero quizás
á mis palabras, mujer,
valor alguno darás!
Yo no he querido jamás,
yo no sé lo que es querer!!
BLANCA. ¡Ay si la eterna porfía
sintiérais que siento aquí!
ALONSO. Calla!
BLANCA. Un dia, hermoso dia,
cuando del templo salía
por vez primera le ví.

Gallardamente plegaba
su capa el bruñido acero,
blanca valona asomaba
y el sol chispas arrancaba
del joyel de su sombrero.

ALONSO. Basta!

BLANCA. Á mi lado pasó,
con su mirada me hallé,
mi pecho se estremeció,
mirándome se alejó,
sentí la vida, le amé.

ALONSO. Ah!

BLANCA. Mas tarde, una mañana
arrojado á mi ventana
un papel...

ALONSO. (Con voz terrible.) No callarás!

BLANCA. Oh! sí, Vírgen soberana! (Aterrada.)

ALONSO. No más!

BLANCA. (Sollozando.) Perdon!

ALONSO. (Sin poderse contener y con brusca transicion.)
Y qué más?

BLANCA. Que de entónces nos amamos,
que el cariño que abrigamos
es nuestra dicha y contento,
y que de vos anhelamos
apoyo y consentimiento.

ALONSO. Cielos!
(Con suprema angustia llevándose ambas manos al rostro cubriéndole para ocultar su emocion.)

BLANCA. Lágrimas!

ALONSO. Son mias!
Nunca nadie derramar
me las vió en mis agonías.
Tú tampoco creerías
que yo pudiera llorar.

BLANCA. Padre!

ALONSO. (Oh!... Qué ha dicho? Lo oí...
y no la mato!)

BLANCA. Escuchadme.

ALONSO. Dejadme!
(Apartándola con el horror que le ha producido al oir el padre.)

BLANCA. Señor! (Insistiendo)
ALONSO. Dejadme!
GUIOMAR. Qué ha sucedido?
(Sale y dice esto en la puerta.)
BLANCA. (Yéndose.) Ay de mí!

ESCENA XIII.

DOÑA GUIOMAR, D. ALONSO.

GUIOMAR. Llorosa va! No ha logrado
vuestro empeño quebrantar?
ALONSO. Llegais á tiempo, Guiomar.
GUIOMAR. Qué quereis de mí?
ALONSO. (Con resolucion.) Apiadado
de esa pobre niña yo
y pensando que afligida
no pidió al crímen la vida
que por fuerza se la dió;
de tan celestial dulzura,
de tal candor en presencia;
vencido por su inocencia,
movido por su ternura
á turbar no me atreví
su calma, y me condené
á este suplicio y callé!...
que al mirarla comprendí
cómo el ángel sobrehumano
nacer puede en la sentina
y formarse la neblina
de las aguas del pantano.
GUIOMAR. Y es poco mi vida, sí,
para pagaros quizás!
ALONSO. Pero ya no puedo más!
hoy mismo saldrá de aquí.
GUIOMAR. La arrojais?
ALONSO. Pese á mi estrella,
más no he de verla á mi lado
mientras no la vea honrado.
GUIOMAR. La arrojais? Ah! yo con ella!
ALONSO. Sólo un precio.

GUIOMAR. Ay! ya os entiendo.
ALONSO. En prenda te estoy guardando,
y mientras sigas callando
he de seguir exigiendo.
GUIOMAR. Es imposible!
ALONSO. Pues bien,
ay de tu hija!
GUIOMAR. Qné profieres!
ALONSO. Tú lo has hecho, tú lo quieres.
GUIOMAR. Ceja!
ALONSO. Aparta!...
GUIOMAR. El paso ten.
Piedad, Alonso, piedad!
ALONSO. Tú de mí no la has tenido.
GUIOMAR. Pero eso que has concebido
es una horrible crueldad.
ALONSO. Tuya al fin.
GUIOMAR. Qué vas á hacer?
ALONSO. Saldrá de aquí.
GUIOMAR. Dios me valga!
ALONSO. Saldrá, pero ántes que salga
todo al fin lo va á saber.
Quita! el leon despedaza
su cadena enfurecido,
¡caigan rotos de un rugido
los hierros de la mordaza!
(El Conde, que ha aparecido en el foro y ha oido esta última parte del diálogo desde que Doña Guiomar dice el verso «piedad, Alonso, piedad,» se detiene aterrado y sigue hasta el final todos los movimientos escénicos.)

ESCENA XIV.

DICHOS y el CONDE.

CONDE. (Desgraciado! Qué escuché!
El destino me abandona!)
GUIOMAR. Sus tiernos años perdona.
señor, calla!
ALONSO. Harto callé!
GUIOMAR. En mí tu rabia halle empleo

abrevia mis dias tristes.

ALONSO. Más y más porque resistes,
se embravece mi deseo!
Blanca!

CONDE. (Aparta, miedo ruin!)

ALONSO. Blanca!

CONDE. (Oh! qué abismo!)

GUIOMAR. Y vendrá!

CONDE. (Qué dudo?)

GUIOMAR. Alonso!

ALONSO. Ahí está!

CONDE. Hija!

GUIOMAR. Dios mio!

ALONSO. Ah! Por fin!!

(Blanca aprrece en la puerta; é un movimiento amenazador de D. Alonso, se precipita hácia ella el Conde y luégo Doña Guiomar formando grupo. D. Alonso les contempla un momento pronunciando su última frase con gran expresion. Se recomienda á los aetores este momento dramático así como el cuadro final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de D. Alonso en que domina cierto carácter extraño y sombrío. Puerta al foro y á su lado un balcon. Laterales con cortinajes oscuros. Á la derecha una mesa cubierta de infolios y pergaminos con una lámpara. Estanterías llenas de libros y aquí y allá objetos de ciencia como esferas, redomas y astrolabios. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

D. ALONSO sentado á la mesa sobre la que se ve abierto un libro en pergamino, aparece en actitud triste y meditabunda. RUY PEREZ de pie y á alguna distancia le contempla con curiosidad é interés.

ALONSO. Tampoco aquí el agua pura
que refrigere mi sed;
las olas del pensamiento
turbias y amargas tambien!
Vanidad en todas partes,
el vacío por do quier,
sombras, humo, viento, nada
cierto solo el dolor es!
Todo se extingue y él dura,
todo pasa y queda él!

RUY P. Señor!
ALONSO. Quién sabe si á un paso
la muerte está, si tal vez,
cuando en el cielo amanezca
va en mi vida á anochecer!
RUY P. (Me apena!)
ALONSO. Si muero, entónces
el término encontraré
de esta lucha y el reposo
que busco. Ven, muerte, ven;
cariñosa desposada
del hombre, la única fiel,
¡ojalá de nuestras bodas
cercano el momento esté!
RUY P. Señor... Señor!
ALONSO. Tú! Qué es eso?
RUY P. Me habeis llamado y despues...
há tiempo que estoy aquí...
ALONSO. Es verdad. (Hasta no ver
sin nubes y sin celajes
brillar mi honor otra vez
á la existencia me debo.)
RUY P. Señor, si el vivo interés
de un humilde servidor...
ALONSO. Ruy Perez, cumpliste bien
mis órdenes?...
RUY P. Lo hice todo
tal cual mandásteis, y á fe
que está la casa guardada
como un castillo; á no ser
vos, don Félix, ó alma en pena
nadie pasará un dintel.
ALONSO. Ni el Conde, entiendes? el Conde
ménos que nadie.
RUY P. Perded
cuidado, conozco que esto
va sobre todo con él.
ALONSO. Al nuevo dia, en silencio
sin ser notados, merced
á tu ayuda y del crepúsculo
á la sombra, es menester
que salgamos ambos.

RUY P. Ambos?
ALONSO. El Conde y yo.
RUY P. Cómo! Qué!
Vos y el Conde?
ALONSO. No adivinas?
RUY P. Todo, señor, mas no habré
de dejar... Á vuestro lado
deberá encontrarse quien
siempre allí...
ALONSO. Te lo prohibo,
tú tienes aquí que hacer.
Si tardara...
RUY P. Oh!
ALONSO. Si tardara
mucho...
RUY P. Voto va!
ALONSO. Si ves
que no vuelvo... entre esos libros
hay un pliego...
RUY P. Y si volveis?
ALONSO. Entónces, si así lo quieres
me seguirás.
RUY P. Cuánto bien!
Dónde?
ALONSO. Há tiempo tengo un puesto
solicitado del rey
en los tercios que en Italia
vierten su sangre.
RUY P. Pardiez
no hay más salida, mil veces
á mis solas lo pensé.
Al fuego esos pergaminos
que el seso os van á sorber
y á buscar las aventuras,
¡por las uñas de Luzbel!
ALONSO. Ahora he de salir; en breve
estoy de vuelta. Manten
la guarda, á tí me confío.
RUY P. Haré cuanto deba hacer.
(D. Alonso toma el sombrero y la capa y sale por el foro.)

ESCENA II.

RUY PEREZ.

Todo al cabo lo comprendo.
Vilmente el de Peñalver
manchó el lustro de esta casa.
Don Alonso exige de él
desquite, que deudas de honra
cobrarlas en sangre es ley;
y como el traidor y artero
siempre artero y traidor es,
teme que al duelo se esquive
con la huida, y teme bien.
Prisionero aquí esta noche
le guarda para que al ser
de dia reciba el pago
de su torpe avilantez.

ESCENA III.

DICHO, JUAN GIL y GARCÉS.

JUAN GIL. Ahí está, si estos misterios
sabe, por seguro ten
que canta; no es su virtud
el callar.

GARCES. Vamos á ver. (Adelantándose.)

RUY P. Aquí vosotros! así
la consigna obedeceis?
Voto á cribas! Que no importa
su cumplimiento!

GARCES. Sí á fe.
Mas sosiega, las salidas
siguen guardadas y bien.
(Señalando al balcon, Ruy Perez, mira por él.)
Mira.

RUY P. Eso me tranquiliza.
Y á qué subís? Responded.

JUAN GIL. Está revuelta la noche
y sopla un viento cruel

que amenaza convertirse
en agua en un dos por tres.

GARCES. Y acaso en tormenta...

RUY P. Vamos,
os venís á guarecer...

JUAN GIL. Luégo, es duro para un hombre
estar junto á una pared
horas y horas... sin siquiera
darse cuenta del por qué.

GARCES. Claro! y andar siempre á ciegas
y entre tapujos.

JUAN GIL. Ya ves:
aquí ocurren cosas graves;
eso no hay duda.

RUY P. Tal vez.

GARCES. Dicen de un duelo y que alguno
perderá al alba la piel.

RUY P. Algo hay de eso.

JUAN GIL. Nadie sabe
qué misterio puede haber...
Es decir, nadie... perdona,
de alguno me atreveré
á afirmar que estos secretos
conoce...

GARCES. Y yo.

RUY P. (Con gravedad y cómico tono.) Y yo tambien.

JUAN GIL. Como eres el confidente
de don Alonso, posees
al dedillo estas historias...

RUY P. Me distingue, ¡qué quereis!

JUAN GIL. Y con razon. eso aparte;
que en tí ha llegado á obtener
un fénix de los criados,
bravo, inteligente, fiel.

GARCES. Y hombre de letras que tiene
más latin que un misal.

JUAN GIL. Pues!
Así es que lo sabrás todo.

RUY P. Un tanto cuanto me sé.

JUAN GIL. Mira, yo siempre he creido
que la señora... ¿es de ley
hacer lo que hace?

RUY P. Qué diablos?
¿quién penetra la doblez
de ese arcano, el corazon
de las hembras! La mujer!
la mala es el mismo mal,
la buena es el mismo bien!

GARCES. Sí, mas al cabo, los hechos...
si el Conde... qué dices?

RUY P. Qué?
que no puedo decir nada;
son cosas estas, ya veis,
en que el callar es discreto
y el hablar no es menester.

GARCES. Pero cuando es ya tan público...
como me llamo Garcés
que no hay en la vecindad
dueña, escudero ó doncel
que no charle del asunto.

JUAN GIL. Y como el doctor, pardiez,
no tiene la mejor fama
por estos contornos...

RUY P. Eh?

JUAN GIL. Su aislamiento ha despertado
cierto maligno interés
en el vulgo; se murmura
que á deshora se le ve
vagar como un alma en pena
por el jardin, ó al cancel
de una ventana pasarse
noches enteras, amen
de que se le oye hablar solo
soltando una que otra vez
palabras que diz que son
conjuros ó no se qué.

RUY P. Y nada más?

JUAN GIL. Con respeto,
pero afirman que esto es
que maese Alonso se entrega
á la mágia y más de seis
madres añaden que tiene
pactado con Lúcifer.

RUY P. (Estallando en indignacion.)

Él y dos mil de los suyos
oliendo á azufre y á pez
carguen con vosotras y ellas,
seores bellacos...

GARCES. Voacé
perdone.

JUAN GIL. Cuerpo de Cristo!
te has estado á tu placer
burlando aquí de nosotros.

RUY P. Así parece. Sabed
que olí que á husmear veniais
y dije para mi piel,
á astucia, austacia mayor
y á ver quien engaña á quien.

GARCES. Has de pagarla.

JUAN GIL. Te juro
que nunca lo olvidaré.

RUY P. Ea! belitres, los dos
á sus puestos. Aprender
y cuidado con la lengua,
no sea que de un revés,
para escarmiento de pícaros
os la rebane á cercen.
(Vánse murmurando, Ruy Perez tras ellos.)

ESCENA IV.

BLANCA.

En vano, en vano la calma,
quiere volver á mi pecho.
Es imposible, se ha hecho
mi terror dueño del alma.
Dícenme que cuanto ví
tuvo por causa este amor,
que de mi padre el rigor
fué por saber que entró aquí
Félix; que castigo darme
intentó en su ceguedad
y el Conde, que en mi orfandad
como á hija llegó á amarme,
se interpuso y lo evitó,

logrando despues que todo
terminara. De este modo
no debo inquietarme, no.
Por qué este presentimiento
que el corazon me contrista?
por qué todo ante mi vista
se tiñe en color sangriento?
Ay! ese extendido mar
que en rojas olas me anega,
crece, avanza, ruge, llega...
y siento que me va á ahogar!
Oh!

(D. Alonso aparece foro, deja la capa y sombrero.)

ESCENA V.

BLANCA y D. ALONSO.

ALONSO. Blanca!
BLANCA. Señor!
ALONSO. Por qué
tan agitada te encuentro?
BLANCA. Pensais?...
(D. Alonso se ha dirigido á la puerta derecha.)
ALONSO. Cerrado. Está dentro.
Todo como lo dejé. (Vuelva á Blanca.)
Pero algo hay triste en tu faz,
algo trémulo en tu voz.
BLANCA. Es que con paso veloz
de mí va huyendo la paz.
Ha poco, libre y gozosa
mi alma en inocente anhelo
flotaba en rayos del cielo
con leves alas de rosa.
Hoy esas alas abruma
un peso que las aferra,
y van cayendo á la tierra
deshechas pluma tras pluma.
Mucho desde ayer, señor.
he envejecido tal vez;
no es el tiempo la vejez

la vejez es el dolor.
Y así, con el pecho herido,
como sufrir es vivir,
desde que empecé á sufrir,
¡si viérais cuanto he vivido!

ALONSO. (Corazon, triunfar logré.
Cuánto se tarda la aurora!)
Retírate Blanca; es hora
y la noche...

BLANCA. (Velaré!)

ESCENA VI.

D. ALONSO, mirando al sitio por donde salió Blanca. Tempestad lejana.

Qué divina aparicion!
Deseos que aquí he enterrado,
no rompais nunca el sellado
sepulcro del corazon,
Pasa. pasa, tentacion;
triunfa, honor, habla, deber,
Ah! tu instinto de mujer
no te engaña, algo terrible
se acerca, mas no es posible
con todo retroceder!
(Pausa, durante la cual se acerca y mira por el balcon.)
Sombras la noche desata,
y allá á lo lejos revienta
sordo rumor de tormenta
que en los aires se dilata;
do quier de escuchar se trata,
retiembla la inmensidad.
Pero es esto realidad
que el alma percibe y siente,
ó es un eco solamente
de la interna tempestad?—
Vida, inmenso torcedor,
cárcel oscura del hombre.
vida, sarcástico nombre

con que se llama al dolor.
Lágrima que su amargor
jamás en dulzura trueca,
la dicha mentira hueca
es luz que te tornasola;
pero la muerte, ella sola
es el viento que te seca! —
Hasta aquí zumbando, siento
llegar el humano ruido;
toda voz es un gemido,
toda palabra un lamento.
En ese circo sangriento
duro castigo es nacer,
corre al hastío el poder,
atada está á la impotencia
la ambicion, y la existencia
está hambrienta del no ser! —
Mas, á qué cuento los males
que así acechándome giran?
Quejas de un ángel me inspiran
pensamientos terrenales?
Tregua á estas ansías mortales
quiero al reposo pedir.
Luégo matar ó morir;
pronto, morir ó matar,
y olvidemos, que olvidar
es la ciencia de vivir! (Váse.)

ESCENA VII.

DOÑA GUIOMAR, por la derecha con cautela y reconociendo el aposento. Luégo el CONDE.

Nadie aquí, fuera de casa
Alonso; este es el momento
de hablarle; préstame ayuda
pues ve mi intencion el cielo.
Llave falsa de esa puerta
por fin en mi poder tengo
merced á Juan Gil que en oro
cobró el servicio. ¡Qué peso

quitaré de mi conciencia
si consigo lo que intento!
Pronto!... si Alonso... No importa,
ya se que la vida arriesgo.
Conde. (Abre.)

CONDE. (Saliendo.) Qué miro? Sois vos?

GUIOMAR. Sí, yo soy, Conde.

CONDE. (Con amargura.) Qué es esto?
Quereis en la humillacion
gozaros que estoy sufriendo?
Es, señora, por ventura,
que sois vos mi carcelero?

GUIOMAR. Es que deseara un crímen
evitar y á hablaros vengo.

CONDE. Qué quereis?

GUIOMAR. Ántes de nada,
saber lo ocurrido luego
que os descubrísteis, al cabo,
con aquel grito supremo
del alma.

CONDE. Indigna flaqueza!

GUIOMAR. Ántes bien, arranque tierno
que os enaltece á mis ojos.
Pláceme una vez al ménos
sentir el calor humano
bajo esa capa de hielo!

CONDE. No presenciásteis?...

GUIOMAR. Apenas
sobrevino aquel tremendo
conflicto, cuando aterrada,
llevéme con un pretexto
á Blanca de allí, y temblando
me apresuré, no recuerdo
con qué engaño, de su espíritu
á disipar los recelos.
Ademas, mi mente anublan
los pavorosos sucesos
de este dia, infausto dia
de desventuras sin cuento,
y en confusiones perdida
casi á distinguir no acierto
as realidades del mundo

de las quimeras del sueño.

CONDE. Pues es lástima! yo os juro
que hubiérais gozado viéndolo.
¡Vive Dios que todavía
con recordarlo, aquí siento
(Llevando la mano á la garganra.)
subir el júbilo en olas
de sangre y me estoy riendo...
cual los condenados deben
de reirse en el infierno!

GUIOMAR. Hablad, sépalo yo todo.

CONDE. Sí, no os priveis del contento
de mirarme escarnecido
y humillado.

GUIOMAR. Así en efecto
me juzgais? Tanto os perturban
la amargura y el despecho
que os suena el dolor á agravio
y á ofensa el remordimiento?

CONDE. Pues bien, cuando en un instante
de exaltacion y de vértigo
á los ojos de Alvarado,
cuyas sospechas creciendo
ya habían llegado al colmo,
me hube por fin descubierto;
apénas salísteis ambas
de la estancia, de ira ciego
sobre mí precipitarse
le ví, desnudo el acero.

GUIOMAR. Y vos?...

CONDE. Cruzados los brazos,
le aguardé frio y sereno,
y al advertir que quedaba
inmóvil, mostrando el pecho,
podeis matarme, le dije,
en vuestra casa, indefenso,
á mansalva... ¡como cumple
á un tan noble caballero!
—Salgamos, gritó, salgamos.
—La noche avanza en el cielo,
repuse, oscura y cerrada;
si lo que ansiais es un duelo

y no un vil asesinato,
á que despunte aguardemos
la aurora, y á fe que entónces,
saltando, no sin esfuerzo,
la distancia que separa
del mio el linaje vuestro,
la honra os haré ¡vive Cristo!
de mataros, cuerpo á cuerpo.

GUIOMAR. No puede ser, no; confío
que os ablandarán mis ruegos.

CONDE. Esperad, no he concluido.
Despues de oirme, resuelto,
tras una pausa, Alvarado
la espada envainó diciendo:
—Sea: no podrá unas horas
aguardar quien tanto tiempo
á su pesar ha aguardado?
Sí, de dia; que deseo
ver bien cómo vuestra sangre
tiñe mis piés.—Y tras esto,
con sarcástica sonrisa,
añadió, ¡bien lo recuerdo!
—Entre tanto, aquí mi huesped
sois, Conde, ó mi prisionero;
y porque más hasta el dia
no nos veamos ni hablemos,
que no han de cruzar palabras
los que deben cruzar hierros,
mientras la noche termina
aquel es vuestro aposento.—
Ya sabeis cuánto ha pasado,
ahora sabed que en mi pecho
hierve un torrente de rabia
concentrado, pero inmenso.
Y qué, á más, aunque este agravio
olvidara, que no puedo,
motivos hay imperiosos
¡nunca querais conocerlos!
que á voces dentro del alma
me están su muerte pidiendo.

GUIOMAR. Jamás! Por ella, por mí!
Á su paz sacrificaros

debeis, y vais á alejaros
ya os diré cómo, de aquí.
No os obstineis en llevar
á cabo ese infame duelo;
ved que ha de ofender al cielo
y al infierno ha de alegrar.
Oh! tenedme compasion;
la sangre que en él se vierta
me habrá de cegar la puerta
de mi eterna salvacion!
Y si el golpe, á mí, quizás
sólo hiriera, á mí culpable...
pero no, más formidable
hiere á Blanca, mucho más.

CONDE. Pero, qué osais proponer?
Sus agravios...

GUIOMAR. Huis, Conde,
partís lejos, lejos, donde
no nos volvamos á ver!
Y yo en dura penitencia
quedo aquí y en triste duelo,
sólo de ese ángel del cielo
consagrada á la existencia.

CONDE. Pero ¿y mi nombre, Guiomar?
Y su castigo? Y mi honor?

GUIOMAR. Y esa alma vuestra, señor,
qué vais á sacrificar? (Llevándole al balcon.)
Hé aquí el balcon; ved en fin.
Por esa senda desierta
llegareis á aquella puerta,
atravesando el jardin.
(Blanca aparece buscando á su madre.)

ESCENA VIII.

DOÑA GUIOMAR, el CONDE y BLANCA.

BLANCA. No es ella? Si. Madre!

GUIOMAR. Ven!

BLANCA. (Aun el Conde!)

GUIOMAR. Llega, acude:
tu voz querida me ayude

á suplicarle tambien!
Que huya! La muerte en el viento
junto á él cerniéndose está.
Si aquí se queda, será
su víctima ó su instrumento!

BLANCA. Con harta razon dudé
de esta paz.

GUIOMAR. Luz de mi vida!

BLANCA. Por fortuna, apercibida,
os seguí y os espié.

GUIOMAR. Oh! ruégale!

BLANCA. Padre!

GUIOMAR. Así!
Llámale de esa manera,
como en el tiempo en que lo era,
Blanca mia, para tí.

BLANCA. Pues bien, por la dulce calma
de aquellos pasados dias
de inefables alegrías
ya imposibles para el alma,
que sus ruegos escucheís
y obedezcais sin reparos!

GUIOMAR. Ya es crueldad el negaros,
ya más no vacilareis.
Es ella, os pide por vos,
y oirla sumiso os toca.
¡Por bocas como esa boca
habla siempre el mismo Dios!

BLANCA. Y no digais que ignorando
cuanto pasa, ciertamente,
sólo, señor, de obediente
puédoos estar suplicando; (Con tristeza.)
¿no oí hace poco augurar
una desgracia segura?
Pues quien desgracias augura
no se suele equivocar!

CONDE. (Ap.) (Qué idea! Sí, evitaré
la ignominia de este encierro,
fuera y libre, como á un perro
la vida le arrancaré.)
Basta! Vencísteis. Perezca
mi fama. Voy á partir,

aunque penseis que al huir
me deshonre y me envilezca.

BLANCA. Ah!

GUIOMAR. Gracias!

CONDE. (Sepa el menguado,
que ¡vive Cristo! á vengarme
nunca ha habido que llevarme
como á un reo, maniatado.
Mi espada... necia intencion!
mi daga!... el odio al herir,
quiere la mano sentir
más cerca del corazon!)
(Volviéndose á ellas.)
¿Pero cómo? Por do quier
cercada la casa está.

GUIOMAR. Meditados tengo ya
los medios porque ha de ser.

BLANCA. Acórrenos Tú piadaso!
(Levantando las manos al cielo.)

GUIOMAR. Pronto! Salvaros espero.
Tomad.
(Doña Guiomar, despues de tomar de una si la las prendas que indica el diálogo, que son las que Don Alonso dejó allí, despojándose de ellas en la escena cuarta al volver de la calle, las ofrece al Conde que vacila.)

CONDE. Qué es esto?

GUIOMAR. El sombrero
y la capa de mi esposo.
Aunque guardado tambien,
en la sombra envuelto, al fin,
el postigo del jardin
á mi intento sirve bien.
Por él con ese disfraz
salís, sin que sea extrañado,
que mil veces, espoleado
por su tristeza tenaz,
de igual modo á Alonso miro
deslizarse taciturno,
entre el silencio nocturno
buscando calma y retiro.
Huid, ni un momento más!

Y de este recinto fuera,
huid siempre y ni siquiera
la vista volvais atrás!

BLANCA. Pronto, estas prendas vestid!

GUIOMAR. Perdernos puede el retraso!

CONDE. (Qué es lo que siento que acaso
nunca he sentido!)

BLANCA. Salid.

CONDE. Sí, mas deja que te vea
otro instante todavía,
y por si la suerte impía
quiere que el último sea,
las horas de tu niñez
recuerda ántes que te deje,
y ántes que de tí me aleje...
¡llámame padre otra vez!

BLANCA. Padre!

GUIOMAR. (Deteniéndole.) Oh! quereis provocar
al destino!

CONDE. (Un beso!)

GUIOMAR. (No!)

CONDE. Maldito mil veces yo!
Adios, Blanca, adios, Guiomar!
(Lánzase desesperado al balcon, y al saltarlo, un relámpago entra por él iluminándole con su luz; el Conde dice lo que sigue suspendido del otro lado en actitud siniestra.)
Ah! me llama el rojo averno
que abrirse á mis piés parece
y el espacio se escandece
con las llamas del infierno.
Voy! Pues cerrado á mi estás,
cielo de amor, seré el mismo.
Así cayó en el abismo
despeñado, Satanás!

ESCENA IX.

GUIOMAR, BLANCA, mirando ambas por el balcon, despues de una pausa.

BLANCA. Desapareció, nada veo.

GUIOMAR. Tragóle voraz la sombra
y aborto de las tinieblas,
á las tinieblas se torna.
BLANCA. Qué peligro le amenaza?
qué sucede? Sepa toda
la verdad.
GUIOMAR. Entre él y Alonso...
median antiguas discordias...
uno de otro quieren ambos
venganza completa y pronta!
BLANCA. Pero, madre, madre mia,
¿qué sér nuevo al alma absorta
se ha revelado de pronto
de don Diego en la persona?
GUIOMAR. Por piedad, por piedad, Blanca,
baja la voz, que no te oigan!
BLANCA. Por piedad, por piedad, madre,
¿quién es el hombre que ahora
en el Conde he conocido?
GUIOMAR. No escuchas pisadas sordas
cerca, allí? Mi esposo llega.
BLANCA. Su partida me acongoja
no sé por qué; las ideas
ciego torbellino forman,
en mi mente combatida
girando vertiginosas.
GUIOMAR. Serénate, disimula.
aquí esta ya!

ESCENA X.

DICHAS y D. ALONSO.

ALONSO. (Saliendo agitado.) (Como solas
encuentro á las dos? Con ellas
no estaba el Conde? Es que forja
dentro de mí el rencor mismo,
quizás de sus ansías propias
recuerdos abominados
y aborrecidas memorias;
que más que con lo que se ama
se sueña con lo que se odia,

ó era su voz ciertamente
la que oí?)

GUIOMAR. (Dios nos socorra!)

BLANCA. (Tengo miedo, madre mia,
mucho miedo!)

ALONSO. (Me devoran
mil temores y recelos!
Si con fuga cautelosa
escapase á mi venganza,
qué digo! á la santa cólera
y á la justicia del cielo
que su instrumento me nombra!)
Dónde está? Conde, don Diego!
(Llamándele con voz furiosa desde la puerta del aposento.)
Nadie allí; su estancia sola;
do quier silencio y tinieblas
cómplices suyos. Tu antorcha
dame, tempestad, mis pasos
alumbra con tu luz roja!
Miserable!
(Lánzase á la puerta del foro y le detienen Doña Guiomar y Blanca.)

GUIOMAR. Alonso!

BLANCA. Padre!

ALONSO. Ah! ya olvidaba en mi loca
confusion!... Responded pronto,
responded. ¿Quién de aquí ahora
salió? Don Diego sin duda,
don Diego, verdad?

GUIOMAR. Nosotras...
nada vimos... aquí juntas
pasamos la noche toda.

ALONSO. Teneis la voz balbuciente,
estais ambas temblorosas...
Me engañais: mirad que pienso
que me engañais!

GUIOMAR. Os trastorna
vuestro furor.

ALONSO. Por Dios vivo!
cuidad con mentir, no os cosa
por cerrarla á la impostura,

á puñaladas la boca!
Dónde está?

GUIOMAR. Nada sabemos!

ALONSO. Oh! Pues bien, aunque lo esconda
en sus entrañas la tierra,
le hallaré!

(Separándolas para salir; ellas le cierran el paso.)

BLANCA. Misericordia!
Dónde vais? Señor, teneos!
Por mi amor! Me hiela ronca
vuestra voz que á muerte suena
y en sangre teñido flota
todo á mi vista! Os pedimos
piedad!

ALONSO. No! me pedis honra!

(Con supremo grito. Las aparta y sale por el foro.)

ESCENA XI.

DOÑA GUIOMAR, BLANCA.

BLANCA. Van á encontrarse!

GUIOMAR. (En el colmo del espanto.) Sin duda!

BLANCA. Qué va á suceder!

GUIOMAR. Quién sabe!

BLANCA. Cómo, señor, cómo cabe
prueba en tu piedad tan ruda?

(Yendo ambas al balcon.)

GUIOMAR. Nada logro divisar!

BLANCA. Nada, nada alcanzo á ver!

GUIOMAR. Ojos! por qué no poder
esas sombras penetrar!

BLANCA. De la noche el negro seno
descubrir en vano ensayo.

GUIOMAR. No hay más luz que la del rayo:
no hay más luz que la del trueno.

BLANCA. Maldigo el necio candor
que la verdad me ocultaba,
cómo no ví que pisaba
sobre un volcan de rencor!

(Doña Guiomar se dirige á la puerta; Blanca la detiene.)

GUIOMAR. Ah! yo corro; todavía
lograré evitar, acaso...
BLANCA. Madre, detened el paso
no me dejeis, madre mia!
GUIOMAR. Sígueme, sígueme pues,
va á ser tarde!
BLANCA. Santo cielo!
Vamos!... Ay! no puedo, al suelo
clava el espanto mis piés!
—Pronto, volemos! Guiad!
(Resolviéndose con un esfuerzo á seguirla.)
Aún será tiempo.
(Se oye una detoncion y ambas se detienen aterradas.)
GUIOMAR y BLANCA. Ah!
GUIOMAR. Qué horror!
BLANCA. Santa Madre del Señor!
GUIOMAR. Cielos divinos!
BLANCA y GUIOMAR. Piedad! (Pausa.)
BLANCA. Madre!
GUIOMAR. Blanca!
BLANCA. Oísteis?
GUIOMAR. Sí!
BLANCA. Vos tambien! Sueño no ha sido!
GUIOMAR. Quién para no haber oido
sorda naciera, ay de mí!
BLANCA. No quiso ampararnos Dios!
Blasfema la lengua mia!
GUIOMAR. Uno! Qué horrible agonía!
Uno! Cuál, cuál de los dos!
BLANCA. Tal vez!...
GUIOMAR. No me martirices!
BLANCA. Padre!...
GUIOMAR. Mi razon estalla!
BLANCA. No, el Conde, oh, Dios!
GUIOMAR. Calla, calla,
si supieras lo que dices!
BLANCA. Alguno llega!
GUIOMAR. Él quizás!
BLANCA. Pero quién?
GUIOMAR. Lo sé yo acaso?
(Con desesperacion.)

BLANCA. Señor, acortad su paso,
otro instante, otro no más!
GUIOMAR. Quita! Fuerza he de tener!
BLANCA. Si temblais! Vanos alardes!
GUIOMAR. Quiero ver! Ojos cobardes,
se me cierran por no ver!
(Doña Guiomar adelanta hácia la puerta y retrocede despues faltándole el valor.)

ESCENA XII.

DICHAS y FÉLIX, descompuesto y con la espada desnuda.

GUIOMAR. ¡Gran Dios! (Viendo aparecer á Félix.)
BLANCA. ¡Él!
FELIX. Blanca, valor!
BLANCA. ¿Á qué vienes, desgraciado?
FELIX. Á decirte, te he salvado
y he salvado nuestro amor!
BLANCA. Aparta! Corre á lavar
esas manos, asesino!
GUIOMAR. Pero, qué es lo que adivino,
que me espanta adivinar!
FELIX. Sí, allí abajo, en el crucero,
sobre el pavimento helado,
queda un hombre atravesado
por los filos de este acero.
Juntos ambos en el mundo
no era posible vivir!
Le esperé, le ví salir;
el resplandor moribundo
de un farolillo que alumbra
la imágen del Redentor
delatóle á mi rencor
vagamente en la penumbra.
«Alto: pensando en mi ultraje,
le grité con voz airada;
defendeos, que mi espada
está ardiendo en mi coraje.»
Avancé, diciendo así
hasta hallarnos frente á frente,

pero él alevosamente
hizo fuego sobre mí.
Fallido ardid tan villano
salvo quedé por fortuna,
que el pavor sin duda alguna
robó fuerzas á la mano;
y entónces ante la luz
del Cristo, á vileza tanta,
sin piedad, en la garganta
le hundí el hierro hasta la cruz.

GUIOMAR. Alonso!

FELIX. Si!

BLANCA. Lo ois, madre!
Mi padre era al fin. Qué horror!

FELIX. No, Blanca, oye por favor...
ese hombre.. no era tu padre!

GUIOMAR. Jesús!

BLANCA. Qué dice?

FELIX. Señora,
ya es imposible callar;
yo os conjuro á declarar
la verdad. Llegó la hora.

GUIOMAR. Qué me pedís, desdichado?
Piedad para mí siquiera!

FELIX. Tu padre vive; no lo era
don Alonso de Alvarado.

BLANCA. Hablad, madre!

GUIOMAR. (Dios eterno!)

BLANCA. Calla!

GUIOMAR. (La muerte, Señor!
Si os la pido por favor!
Si es sólo cambiar de infierno!)

FELIX. (Á Blanca.)
Tu propia sangre hable fiel!

BLANCA. Aquí grita, aquí responde!
Si, claro lo veo, el Conde...
el Conde...
(Con súbita revelacion y corriendo hásia el foro.)

ALONSO. (Con voz solemne, saliendo.)
Rogad por él!
(D. Alonso dice estas palabras desde la puerta del foro; despues se adelanta al comedio de la escena;

le siguen varios criados con antorchas encendidas, Ruy Perez á su lado.)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA GUIOMAR, BLANCA, FÉLIX, D. ALONSO, RUY PEREZ.

GUIOMAR. Qué miro?
BLANCA. Dios de Israel!
FELIX. Á quién herí temerario?
BLANCA. (Otro paso en mi calvario!)
ALONSO. Al Conde.
BLANCA. Ah! (Con un grito de horror.)
GUIOMAR. Yo le he perdido.
Aquel disfraz...
ALONSO. Él ha sido
su sentencia y su sudario!
(Pausa Todo lo que sigue, hasla la última exclamacion, concentrado y solemne.)
Ahora, para siempre adios!
Vengado ya por el cielo
parto al italiano suelo
de lucha y de olvido en pos.
Un abismo entre los dos
mira el alma desolada,
allí la guerra empeñada
con sus riesgos me convida:
ya que no hallé honrada vida
corro á buscar muerte honrada!
(Doña Guiomar y Blanca corren una hácia otra.)
BLANCA. Solas!
GUIOMAR. Solas!
BLANCA. (Ay de mí!
Alma, rómpete y no cedas!)
GUIOMAR. Tú, culpa y desdicha heredas!
BLANCA. Culpa no, desdicha sí!
FELIX. (Miserable, acaso aquí
nada, nada esperarás?...)
Blanca!
BLANCA. Aparta!

FELÍX. Óyeme!

BLANCA. Atrás!

FELIX. Fatal destino inflexible!

GUIOMAR. Imposible!

BLANCA. Ay, imposible!

(Contemplándose ambos con estupor y comprendiendo la evidencia de su infortunio.)

GUIOMAR. Hija!

BLANCA. Madre!

ALONSO. Nunca más!

(Doña Guiomar y Blanca se arrojan una en brazos de otra, exhalando toda su alma en esta última exclamacion. Félix permanece como petrificado en el otro lado de la escena. D. Alonso pronuncia su frase con acento profundo, y despues de contemplar el grupo que forman hija y madre, se aleja por el foro seguido de Ruy Perez y de los escuderos.)

FIN.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
19	12	y su horrible paroxismo.....	y en horrible paroxismo
33	40	de aquel oscuro porvenir doraba	que aquel oscuro porvenir doraba
34	9	ceñírtela de estellas refulgentes,	ceñírtela de estrellas, refulgente
38	32	acatar algunas órdenes.....	acatar agenas órdenes
54	10	toda voz que es un gemido,..	toda voz es un gemido,

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		La cadena rota.....	3	D.ª F.ª Saez de Melgar..	Todo.
6	2	La justicia del acaso—d. o. v.	3	D. Emilio Ferrari.....	»
10	4	La vuelta de Orán.....	3	Jesús Lopez Gomez..	»
		Las tres jaquecas—c. a. p....	3	M. Pina Dominguez..	»
		Le Bebé.....	3	Najac et Hennequin..	»
5	3	Un alma de hielo—c. o. v....	3	Valentin Gomez.....	»
		Los polvos de la madre Celestina.....	4	Tomás Breton.....	Música.

ZARZUELAS.

4	3	Armas al hombro.....	1	Sres. Pina Dominguez y Rubio.....	L. y M.
»	»	Bocetos madrileños.....	1	D. J. Muñoz Lucena....	M.
»	»	Bou-Amema.....	1	Tomás Gomez.....	M.
3	1	Cantar á tiempo.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
		Contaduría.....	1	E. Sanchez Castilla..	½L.
		Dos siglos en una hora.....	1	Sres. Maestre y Arnedo..	L. y M.
4	2	El Conjuro.....	1	D. Adelardo L. Ayala...	L.
»	»	El cometa.....	1	J. Muñoz Lucena. ..	M.
7	4	El sistema decimal.....	1	Sres. P. Sanz. de Castro y Gomez.....	L. y M.
2	1	El Tasso, *ópera*.....	1	Aguilera y Pedrell..	L. y M.
		En el viaducto.....	1	D. Luis Coc t.....	L.
6	4	La Patti y Nicolini.....	1	Sres. Cuesta, Criado y Cansino.....	L. y M.
3	1	La serenata, *opereta*.....	1	Estremera y Chapí...	L. y M.
1	»	Miss Zæo, *monólogo*.....	1	Cuesta y Espino.....	L. y M.
»	»	Sin los dos.....	1	Eguilaz y Gomez....	L. y M.
		Soledad.....	1	Lastra y Hernandez..	L. y M.
2	3	Teatro de Madrid.....	1	Alba y Jimenez Leiva.	L. y M.
»	»	Torear por lo fino.....	1	D. Isidoro Hernandez...	M.
1	2	Trabajar con fruto.....	1	José Olier.....	L.
1	2	Una onza.....	1	Ángel Rubio	M.
5	1	Viva el Puerto.....	1	Sres. Eguilaz y Hernand.	L. y M
		El señor de Cascarrabias.....	2	Cristobal Oudrid ...	M.
5	2	El agente de matrimonios....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
12	5	El conde de Castralla.....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
7	2	El esclavo.....	3	Allú y Cepeda.....	M.
		Los Mosqueteros grises.....	3	Serrat, Casademunt y Mr. Varney.....	L. y M.
6	2	Lucrecia.....	3	D. Ildefonso Valdivia...	L.
4	1	Mitridates, *ópera*.....	3	Sres. Capdepon y Serrano	L. y M.
»	»	Simon Bocanegra, *ópera*.....	3	A. G. Gutierrez.....	L.

OBRAS LITERARIAS.

Autores dramáticos contemporáneos.—Edicion de lujo.—Han salido los diez primeros cuadernos.—Precio 12 reales en Madrid.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon* y *Osler*, calle de las Infanas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.